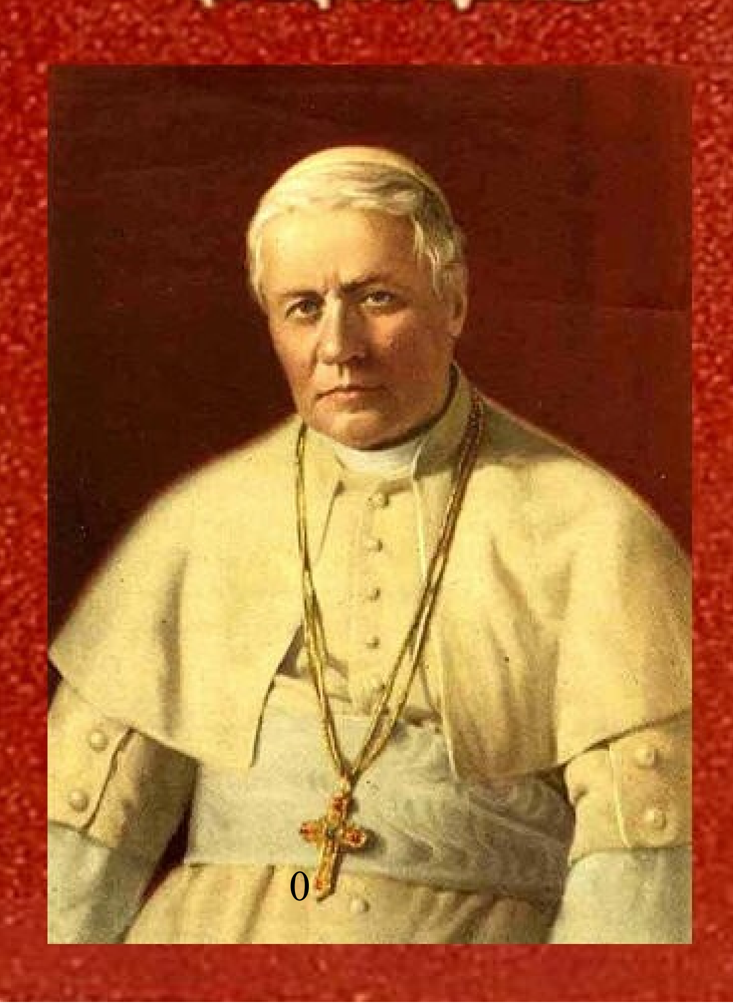
Cardenal MERRY DEL VAL

EL PAPA SAN PIO X:

MEMORIAS



EL PAPA SAN PÍO X

MEMORIAS

Cardenal Rafael Merry del Val

INDICE

PREAMBULO

Después de la muerte de Su Santidad Pío X, bajo el Pontificado del Papa Benedicto XV, escribió el Cardenal Merry del Val estas MEMORIAS, redactadas en inglés, idioma que manejaba con igual soltura que el español. Al morir en 1929 el Cardenal, dejó por albacea testamentario a su antiguo subordinado en la Secretaría de Estado y amigo, el Cardenal Nicolás Canali.

Este guardó con veneración los manuscritos del difunto, y, entre ellos, sus MEMORIAS. En 1939, cediendo a las reiteradas instancias de los amigos y admiradores del Cardenal Merry del Val, dio su permiso para la edición inglesa.

En estas MEMORIAS, que rebosan frescura y vida de quien refiere los sucesos a que asistió personalmente, surge en toda su humilde majestad la santa figura del Papa Pío X. Grande y cordial es la devoción que España y América profesan al Papa de la Eucaristía. Por ello, asociándonos al júbilo despertado por el anuncio de que acaso en muy breve plazo veamos terminado el proceso de su beatificación, presentamos hoy, traducidas al español, estas MEMORIAS, con el permiso de los propietarios, los señores Burns, Oates and Washbourne, de Londres.

La edición inglesa la prologan los Cardenales, ya difuntos, Hinsley, Arzobispo de Westminster, y Hayes, Arzobispo de Nueva York. Reconociendo el mérito de estos purpurados, nosotros hemos preferido un prólogo propio. Acudimos para ello al Arzobispo de Valladolid, antiguo alumno del Colegio Español, de Roma, excelentísimo señor doctor don Antonio García y García, que conoció personalmente así al Papa Pío X como a su Cardenal Secretario de Estado.

Los lectores apreciarán el férvido entusiasmo y amor con que el distinguido Prelado vallisoletano remembra las dos grandes figuras de la

Historia eclesiástica en los tres primeros lustros de este siglo. Cúmplenos manifestar nuestro más hondo reconocimiento al doctor García por la interpretación, tan filial y justiciera a la vez, con que nos presenta las figuras del Papa Pío X y de su digno Secretario de Estado.

Madrid, diciembre 1946

LOS EDITORES

PRÓLOGO

DE ANTONIO GARCÍA Y GARCÍA, ARZOBISPO DE VALLADOLID

Escribo este prólogo con íntima complacencia, por tres razones.

La primera razón de mi complacencia en prologar la edición española de este libro es el cariño y admiración que siento hacia el gran Cardenal español y Secretario de Estado del Papa Pío X, el dos veces eminentísimo don Rafael Merry del Val: por su dignidad cardenalicia y por sus prendas naturales y sobrenaturales, ciertamente eminentísimas. Paréceme que Dios nuestro Señor me depara ocasión muy propicia para corresponder al afecto que el bondadosísimo Cardenal repetidas veces me demostró. No debo, no puedo desaprovecharla.

Añádase que este libro del inolvidable Cardenal Merry del Val habla de Su Santidad Pío X, el Pontífice de la dulcísima fortaleza; quiero decir, el Pontífice en quien vivían abrazadas y brillaban la rigidez de la fortaleza cristiana y las dulzuras y suavidades y delicadezas de la mansedumbre y de la bondad humildes y efusivas. ¡Qué recuerdos se avivan en mi memoria, de impresiones amorosísimas grabadas en mi corazón directamente por la mirada y por la palabra del inmortal Pontífice, el enamorado de la Eucaristía y patriarca de incontables almas en las que él encendió el fuego ardoroso de aquella hambre eucarística que llega a ser, en algunas, hambre devoradora del Pan que da la Vida eterna!

Atrayente, muy atrayente, el autor del libro, y subyugador el Pontífice sobre quien versa, y delicioso el contenido. No es este libro una biografía de Pío X, compuesta con materiales ajenos. Este libro está construido con materiales muy propios del autor: hechos observados por él, presenciados por él, en los que él muchas veces actuó; todos relatados llanamente, sencillamente, sin arrebatos de entusiasmo, sin arrobos líricos, sin ponderaciones de tendencia hiperbólica. Arde, sí, el fuego del amor y de la admiración; pero sin llamas o, por lo menos, sin llamaradas deslumbrantes y abrasadoras.

Y, sin embargo, los quince capítulos de este libro, que son como quince retratos del Padre Santo Pío X, ¡como iluminan y calientan el espíritu del lector, y cómo, al terminar su lectura, advierte que su concepto de aquel gran Pontífice se le acrecentó y se le abrillantó sobremanera, y que su amorosa devoción se le arraigó y se le enfervorizó y despide llama de amor muy vivo!

Los quince capítulos son preciosos; pero para mí los más impresionantes han sido el primero y el segundo, el quinto, sexto y séptimo, el once y trece, el catorce y quince. Constituyen el retrato íntimo de Pío X; se ven en ellos los rayos vitalísimos de su personalidad íntima, y al combinarlos con las líneas amplias de las grandes empresas y acontecimientos de su vida pública, surge el retrato "de cuerpo entero", es decir, de su alma entera dentro del ambiente e irradiación completa del Pontífice Augusto, que cierra la serie luminosísima de los Pontífices del siglo XIX y abre la serie de los Pontífices del siglo XX: Benedicto XV, Pío XI, Pío XII... Para enaltecer estos Pontificados huelgan los epítetos.

Los siglos XIX y XX forman un arco. En ese arco Jesucristo ha colocado como piedra clave un Pontífice santo, cuya santidad cubre con la más preciosa pedrería, que son las virtudes heroicas, las empresas más relevantes del Pontífice de la Eucaristía y del Catecismo; de la Música sacra y de la Liturgia; de los altos estudios de Sagrada Escritura y del Código del Derecho Canónico; del Pontífice develador del Modernismo y fomentador de la piedad y disciplina sacerdotal...

A nadie que haya leído todo lo que antecede es dado ya desconocer la complacencia profunda, cordialísima, con que estoy escribiendo este prólogo, por las tres razones que ligeramente he desarrollado.

Y mientras voy escribiendo, ¡cómo va creciendo esta complacencia tan regalada! Es que los recuerdos del Emmo. Cardenal y del Papa Pío X, archivados en mi memoria, salen esplendorosos y se me presentan con tal

viveza, que parece estoy viendo al egregio Cardenal aureolado con la modestia, tal como le vi la primera vez en el Colegio Español de Roma, allá por el año 1 896, cuando él era Camarero Secreto de Su Santidad León XIII; tal como le vi en la Antecámara Pontificia la primera vez que, acompañando a mi señor Obispo, visité al Pontífice de la "Rerum Novarum", tan aristocrático en aquel ambiente regio; tal como le vi el día de su consagración episcopal en la iglesia española de Montserrat, función en la que yo oficié como uno de los ministros inferiores, admirando la humildad del consagrado en aquella tan divina exaltación; tal como yo le vi en su despacho de la Academia Diplomática de Nobles Eclesiásticos, cuando era él su presidente, mostrándonos y enseñándonos con encantadora sencillez el manejo de una gramola; tal como le vi en el Palacio Vaticano, después de la muerte de León XIII, cuando ya actuaba como Secretario del Conclave, cargado con una enorme cartera y encorvado su aire juvenil por el peso del trabajo y las preocupaciones de aquellos días; tal como le vi el día en que se cantó en la Capilla Sixtina el Te Deum por la elección de Su Santidad Pío X, con asistencia del Sacro Colegio Cardenalicio y del Cuerpo diplomático, destacando ya, a pesar de su encorvamiento y aire modestísimo, la figura del futuro Secretario de Estado; tal como le vi aquel año 1903, cuando, ya Prosecretario de Estado, fuimos a felicitarle los Superiores y alumnos del Colegio Español en su fiesta onomástica, ocasión en la que pude apreciar su humorismo fino y sin ajenjo; tal como vi en el teatro del mismo Colegio, asistiendo a una velada en homenaje al eminentísimo señor Cardenal Casañas, y riendo muy festivamente ante las ingeniosidades de un pobre trabajo mío, que quería ser una imitación de Selgas, el inimitable escritor murciano; tal como yo le vi en tantas y tantas ocasiones como se ofrecieron en el decurso de nueve años; y, por último, tal como le vi la última vez, el 2 de febrero de 1905, fiesta de la Purificación de Nuestra Señora, después de haber llevado, acompañando al señor Rector del Colegio, la tradicional Candela al Sumo Pontífice...

Paréceme que le estoy viendo en su departamento, tan bondadoso y tan sencillo y tan efusivo, jugando con la cadena del pectoral y hablándome con un cariño tan penetrante como penetrante era su mirada, que ahora mismo la veo salir de sus ojos y clavárseme dulcemente en el corazón. ¡Qué bueno era el señor Cardenal Merry del Val! ¡Qué santo!

Y si han despertado, llenos de pujanza, los recuerdos del señor Cardenal Merry del Val, no han despertado con menor brío los recuerdos de Su Santidad Pío X.

La primera vez que vi al gran Pontífice fue el día de su elección, cuando dio su primera Bendición urbi et orbi. Paréceme que ahora mismo le estoy viendo y oyéndole cantar las preces de la Bendición, con aquella su sencillez mayestática, que lo era ab intrínseco, y con aquella su voz tan bien timbrada y aquella su entonación tan adiestrada. Este recuerdo y todos los demás, que constituyen una cadena áurea, extendida desde el 4 de agosto de 1903 hasta el 2 de febrero de 1905, ¡cómo aumentan la dulcedumbre de mi espíritu mientras voy escribiendo este prólogo!

¡Qué cara de dolor y preocupación la de Su Santidad Pío X el día de su coronación, cuando recibió en el pórtico de la Basílica de San Pedro el homenaje del Cabildo Vaticano y oía el discurso del insigne Cardenal Rampolla, Arcipreste de la Basílica, en aquellos días tan traído y tan llevado!

Escena imborrable, que al cabo de cuarenta años todavía me conmueve... ¡Aquella cabeza del Papa inclinada, aquella mirada triste, en medio de aquella apoteosis, eran la apoteosis de la humildad del Pontífice Sumo y argumento de la existencia de corazones tan grandes, que en ellos no caben las pequeñeces de las a veces inmensas ambiciones humanas! Sería interminable este prólogo si en él relatase, aunque fuese muy someramente, los recuerdos que guardo del Pontífice Pío X. No es mi memoria un tesoro; pero sí lo es el conjunto de los recuerdos del Papa Pío X, que en ella llevo encerrados. Permítaseme referir alguno más.

¡Qué expresión de gozo en aquella inenarrable Misa pontifical que celebró en la Basílica Vaticana, en la fiesta de San Gregorio, el año de la restauración solemne del Canto Gregoriano! ¡Qué Misa aquélla de Angelis, cantada por varios miles de seminaristas de Roma! ¡Qué Sequentia aquélla y cómo le gustó al Papa, que hizo la repitiéramos; aquella pieza bellísima medieval en honor de San Gregorio, cuando ya Pío X sobre la Silla Gestatoria iba a salir de la Basílica, pero estando todavía junto al Altar de la Confesión!

Y otro recuerdo gratísimo de Pío X, el Papa familiarísimo en su trato ordinario y corriente, es el de la primera audiencia concedida al Colegio Español, en la Galería de las Cartas Geográficas. Tanto se acercó a nosotros, sin descender de la dignidad pontificia, que lo rodeamos, acercándonos tanto a El y vitoreándole con tan enardecido entusiasmo, que dulcemente decía: ¡Oh, estos españoles, cómo les hierve la sangre! Sí; hervía por la fuerza del amor y de la veneración al Vicario de Jesucristo en la tierra, y a un Vicario de Jesucristo que era en verdad amabilísimo, a

imitación de Aquel que se retrató a sí mismo con aquellas palabras: Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón.

Otro recuerdo, y éste es el último que voy a consignar en este prólogo. Lo estoy viendo, al Papa, en mi fantasía, en mi corazón. Es recuerdo triste, porque es el último recuerdo personal que guardo de aquel Pontífice, en forma tan sobresaliente "dulce Jesús en la tierra". El 2 de febrero de 1905 acompañé al señor Rector del Colegio Español, don Benjamín Miñana, tan querido de Su Santidad Pío X y tan amigo del señor Cardenal Merry del Val, para hacer la ofrenda de la Candela al Papa, como todos los Colegios de Roma, en la festividad de las Candelas...

Me veo de rodillas delante del Papa, junto a él. Don Benjamín hace la ofrenda; yo presento a Su Santidad unos objetos para que los bendiga y toque; le suplico lo uno y lo otro, y el Papa, con bondad efusiva, lo toca todo y dice: "Sí, todo lo bendigo", y me mira con aquella mirada suya, que tan varias interpretaciones podía tener, pero todas bañadas de limpieza apacible y de bondad paternal; era una mirada que se posaba, y al posarse imprimía y dejaba huella en el alma, en lo hondo del corazón..., y el corazón respondía con una llamarada de amor filial. Todavía responde el mío así en este momento.

Es hora de acabar este prólogo.

Lector: lee este libro desde el principio hasta el fin, y verás qué deleite tan exquisito saboreas. Mientras vayas leyendo, brotarán de tu corazón exclamaciones como éstas: ¡Qué hermosos son estos cuadros de la vida de Pío X y qué grande es este Pontífice! ¡Qué grande también el autor de estas Memorias, el fidelísimo y único Secretario de Estado de Pío X, el excelso Cardenal Merry del Val, gloria preclarísima de la Iglesia y de España!

Es de esperar que pronto pueda predicarse en los púlpitos de los templos el panegírico de Su Santidad Pío X; el panegírico de su Cardenal Secretario..., por ventura, también. En el prólogo de su Vida, escrita por Mons. Prof. Pío Cenci, Archivero del Archivo Secreto del Vaticano, lo predicó el entonces Emmo. Cardenal Pacelli, hoy nuestro Santísimo Padre Pío XII. No se puede substancialmente decir más de lo que dicen aquellas siete páginas, en las que todo es oro y pedrería: el fondo y la forma literaria. ¡Lástima que tan valiosa Vida de nuestro Cardenal no esté publicada en castellano!

Y para poner el punto final a este prólogo, un recuerdo fraternal de los Emmos. Sres. Cardenales Hinsley, Arzobispo de Westminster, y Mayes, Arzobispo de Nueva York, cuyos prólogos avaloraron la edición inglesa de estas memorias. Muy ufano estoy de la suerte del mío, que va en compañía de prólogos tan esclarecidos, procedentes de alcurnia tan eminente.

Valladolid, 15 de noviembre de 1946, fiesta del Doctor San Alberto Magno.

ANTONIO GARCÍA Y GARCÍA, ARZOBISPO DE VALLADOLID

Así comienzan las Memorias del Cardenal Rafael Merry del Val sobre el Papa San Pío X:

Mi primer encuentro con S. E. el Cardenal José Sarto





Cardenal Rafael Merry del Val,
Secretario de Estado
del Papa San Pío X

MI PRIMER ENCUENTRO CON S. E. EL CARDENAL JOSÉ SARTO

Cardenal Rafael Merry del Val

Aunque pueda parecer sorprendente, la verdad es que yo no conocía a Su Eminencia el Cardenal José Sarto hasta fines de julio de 1903, cuando el Sacro Colegio se reunió en Cónclave, después del fallecimiento de Su Santidad el Papa León XIII.

Ya conocía entonces, al menos de vista, a todos los Cardenales que en aquella ocasión habían acudido a Roma, y podía identificar a cada uno de ellos. Durante los ocho años que había permanecido en el Vaticano asesorando a León XIII, tuve ocasión de tratar de cerca de casi todos los miembros del Sacro Colegio. Pero nunca había coincidido con el Cardenal Sarto. Fue aquel lunes 3 de agosto de 1903, que tuve el privilegio de hablar con él por primera vez.

En la víspera de ese día yo había presenciado el odioso veto promovido por políticos austriacos contra el Cardenal Rampolla. Estoy íntimamente convencido de que, de ningún modo él habría sido elegido, ya que la mayoría de los votantes estaba firmemente inclinada a elegir a otro candidato.

Pero el Cardenal Rampolla estuvo bastante cerca de obtener los votos necesarios precisamente cuando la actitud del Cardenal Puzyna, en nombre del Emperador de Austria, produjo una fuerte reacción y un movimiento de protesta en defensa de la libertad del Cónclave y de los derechos de la Santa Iglesia.

El Cardenal Oreglia di Santo Stefano, Decano del Sacro Colegio, inmediatamente después de la primera sesión celebrada en la Capilla Sixtina, en la mañana del lunes 3 de agosto, habló conmigo seria y prolongadamente, sobre su creciente preocupación en lo concerniente a la elección.

No parecía que hubiera ninguna posibilidad de llegar a una rápida conclusión —me dijo— si el Cardenal Sarto, cuyos votos iban aumentando progresivamente en cada votación, persistiera en su actitud de rechazar la aceptación del Papado. Su Eminencia se juzgaba obligado, en conciencia, a no permitir que el impase se prolongara indefinidamente, y por eso me pedía que fuese a hablar con el Cardenal Sarto.

Yo debía, en nombre del Cardenal Decano, preguntar al Cardenal Sarto si estaba decidido a persistir en la negativa de ser elegido, y si, en ese caso, autorizaba a Su Eminencia el Cardenal Decano a declararlo definitivamente ante el Cónclave reunido en la sesión de aquella tarde, para que el referido Cardenal Decano hiciera ver a los demás Cardenales la conveniencia de encontrar otro candidato.

De acuerdo con esas instrucciones, fui en busca del Cardenal Sarto. Me informaron que él no se encontraba en sus aposentos y que probablemente lo encontraría en la Capilla Paulina. Hacia ahí me dirigí presuroso, a cumplir mi encargo.

Sería alrededor del mediodía cuando entré en la capilla oscura y silenciosa. La lámpara del Sagrario tremolaba; otras velas estaban encendidas sobre el altar, a la derecha y a la izquierda del cuadro de Nuestra Señora del Buen Consejo.

Noté a un Cardenal arrodillado sobre el suelo de mármol, a cierta distancia de la mesa de comunión, rezando delante del Tabernáculo, sosteniendo la cabeza entre las manos y los codos apoyados sobre una banca de madera. Era el Cardenal Sarto.

Por lo que recuerdo, nadie más estaba en la capilla en aquel momento.

Me arrodillé a su lado y, con voz baja, le transmití el mensaje del Cardenal Decano.

Su Eminencia irguió la cabeza, volviéndola hacia mí lentamente, mientras me oía. Las lágrimas le corrían de los ojos y yo casi contuve la respiración a la espera de su respuesta.

“Si, si, Monsignore —respondió amablemente— *dica al Cardenale che mi faccia questa carità”* (Si, si, Monseñor, dígale al Cardenal que me haga ese favor).

Parecía repetir, como un eco, las palabras del Divino Maestro en Getsemaní: “*Aparta de mí este cáliz”*. El “*que no se haga mi voluntad, sino la tuya”* del Cardenal Sarto aún demoraría algo.

Las únicas palabras que tuve fuerzas para proferir, en respuesta, salieron de mis labios como que inspiradas por otra persona. Fueron: “*Eminenza, si faccia coraggio! Il Signore l’aiuterà”* (¡Coraje, Eminencia! ¡El Señor os ayudará!).

El Cardenal me miró fijamente, con la expresión profunda que le era peculiar y que posteriormente aprendí a conocer tan bien, y se limitó a decir: “*Grazie, grazie”* (Gracias, gracias). Fue lo único que dijo.

Nuevamente sumergió la cabeza entre las manos y continuó a rezar. Me alejé. Jamás olvidaré la impresión que me produjo ese primer encuentro, frente a una angustia tan intensa. Era la primera vez que me ponía en contacto con Su Eminencia y sentía haber estado en la presencia de un santo.

Pocas horas después, mucho antes que el Cardenal Decano pudiese llevar a efecto su propósito, el Cardenal Sarto, ante los insistentes pedidos que le hacían varios miembros del Sacro Colegio, decidió desistir de su negativa.

Cuando se celebró la sesión de la tarde, quedó evidente para todos que era él quien sería elegido, a la mañana siguiente, por gran mayoría.

MI PRIMERA AUDIENCIA CON PIO X

Había terminado el Conclave. Después de rendir homenaje, de acuerdo con el ceremonial, al Pontífice recientemente elegido, los Cardenales abandonaron el Vaticano para reintegrarse a sus respectivas residencias en varias partes de la ciudad.

Las últimas horas de aquel día memorable las invertí, sentado ante mi mesa, en la Sala Borgia, revisando papeles y despachando los asuntos más urgentes que habría de ultimar antes de emprender mi regreso.

Al ser elegido el Papa, aquella mañana del día 4 de agosto, le acompañé desde su puesto en la Capilla Sixtina, a una habitación pequeña, contigua al lado del Evangelio, donde el Santo Padre se puso la sotana blanca y donde tuve el privilegio de colocar el también blanco solideo sobre su cabeza. Se dirigió entonces a ocupar su puesto en la silla colocada frente al altar mayor.

Ante él desfilaron, por turno, en la forma acostumbrada e inclinándose en señal de obediencia al nuevo Papa, todos los Cardenales. En este intervalo, el Cardenal diácono más antiguo, Monseñor Macchi, abandonó la Capilla Sixtina para ir a proclamar la elección de Su Santidad desde el balcón principal que mira a la gran plaza de San Pedro.

Inmediatamente después, es costumbre que el Papa dé su primera bendición solemne *Urbi et Orbi.*

El maestro de ceremonias, Monseñor Riggi, preguntó al nuevo Pontífice si pensaba hacerlo así desde la *loggia* interior de la Basílica o desde la exterior que domina la ciudad. El Santo Padre volvióse hacia mí, preguntándome cuál era la opinión del Sacro Colegio a este respecto. Por indicación del Cardenal Decano, a quien transmití la pregunta, informé a Su Santidad que el Colegio de Cardenales había examinado la cuestión

antes del Conclave, en reunión a la que él no había asistido, y aun cuando se inclinaban por la conveniencia de que la bendición papal fuera dada dentro del recinto de la Basílica, siguiendo el ejemplo de León XIII, no querían coartar la libertad de Su Santidad y dejaban el asunto a su decisión.

"Me someteré a la opinión del Sacro Colegio", fue la respuesta del Papa. Al preguntarle yo si deseaba dirigirse en seguida a San Pedro a este propósito o prefería aplazarlo para horas más tarde, contestó que le era indiferente y que obraría según se estimase más oportuno. Me atreví a sugerirle mi opinión de que tal vez fuera mejor no demorar la ceremonia, y así se hizo.

Concluida la bendición, el Santo Padre expuso su deseo de visitar al anciano Cardenal Herrero, el cual, debido a su delicado estado de salud, no había podido asistir a la elección. Acompañamos, pues, a Su Santidad a la habitación del Cardenal, muy próxima a la suya propia. Hasta la tarde no tuve ocasión de quedar a solas con el nuevo Pontífice para, así lo creía entonces, despedirme de él.

Mi tarea como secretario del Sacro Colegio en Conclave había terminado, y sólo me restaba cumplir aquella noche mi último deber de presentar a la firma del Santo Padre las cartas dirigidas a los Soberanos y Jefes de Estado anunciándoles oficialmente la elección.

Subí, pues, a su habitación privada, situada en el tercer piso, la misma que había ocupado durante el Conclave, al tiempo que el reloj del patio de San Dámaso anunciaba las ocho y media. Encontré al Pontífice sentado ante su mesa y leyendo el Breviario. Comprendí perfectamente lo fatigado que se encontraría después de aquella larga jornada, tan pródiga en acontecimientos, y me contrariaba interrumpirle. Me recibió con una sonrisa, y al arrodillarme para besar su mano le rogué me excusara de verme obligado a aumentar su cansancio. Me daba cuenta, repito, de lo abrumado que estaría en aquel momento Su Santidad, y en modo alguno me hubiese atrevido a molestarle, a no ser por la necesidad ineludible de despachar sin demora aquellas cartas oficiales. "*Ma si, si, Monsignore* —contestó con voz amable—; e *Leiforse non é stanco? Ho veduto quanto ha faticato in questi* giorni (Pero sí, sí, Monseñor; y Vuestra Señoría, ¿no está también cansado? He visto cuánto ha trabajado en estos días).

Esta respuesta no esperada me reveló una faceta de su carácter, que tendría ocasión de observar con frecuencia en años posteriores. Parecía increíble que el Santo Padre pudiera en tan abrumadoras circunstancias

olvidarse de sí mismo para detenerse a considerar mi propia situación y fatiga, tanto más cuanto que yo no había hecho si no lo que cualquier otro hubiera realizado en tales condiciones. Pero éste era, precisamente, uno de los aspectos más atrayentes de su personalidad, pensaba constantemente en los demás y muy raras veces, o casi nunca, en sí mismo.

Me rogó entonces le indicara cómo habría de firmar, y en un pedazo de papel a su alcance trazó una muestra de su primera firma como Papa. *Pius P P X.*

Recogí las cartas, ya firmadas, y le pedí su bendición, pues debía volver a mi casa en la pequeña comunidad de la Academia Eclesiástica. El Santo Padre esbozó un ligero gesto de sorpresa, extrañado, al parecer, de mis palabras, y poniendo su mano sobre mi hombro me dijo en tono casi de reproche: —Monseñor, ¿ya queréis abandonarme? No, no, quedaos, quedaos. Aún no he decidido nada. No sé todavía lo que haré. Por el momento no tengo a nadie. Quedaos conmigo como Pro-Secretario de Estado; más adelante ya veremos.

¿Cómo resistir a una llamada tan tierna que procedía del Vicario de Cristo? No podía hacer otra cosa que inclinarme ante lo que se presentaba como una verdadera invitación de Nuestro Señor.

Su Santidad me reanimó, y dándome su bendición agregó que esperaba verme a la mañana siguiente. Tal fue mi primera entrevista privada con Pío X el día de su elección y la primera de aquellas cotidianas audiencias que tuve el privilegio de disfrutar durante once años.

Al regresar a mi habitación me encontré con Monseñor Della Chiesa, que tenía especial interés en conocer la firma del nuevo Papa, y quien al verla notó su semejanza con la de Pío IX.

¡Cuán lejos estaba entonces de imaginar que el Pontífice siguiente que habría de firmar documentos similares sería él mismo, con el nombre de Benedicto XV!

PÍO X Y SU PRIMERA RECEPCIÓN DEL CUERPO DIPLOMÁTICO

Casi inmediatamente después de su elección, el Santo Padre debía recibir al Cuerpo Diplomático. El Decano, señor D'Antas, Embajador portugués, fue el encargado de solicitar la audiencia. Dado el excesivo calor, y con objeto de evitar a Su Santidad un cansancio innecesario, satisfaciendo al mismo tiempo la conveniencia de los representantes diplomáticos, deseosos de abandonar Roma y comenzar su acostumbrado descanso, se decidió organizar una recepción colectiva. El señor D'Antas se comprometió a representar a sus colegas dirigiendo unas palabras de homenaje al Santo Padre en nombre de sus respectivos Soberanos y Gobiernos. Fue, pues, fijada la audiencia para el 6 de agosto.

Aquella mañana, a las once, empezaron a llegar al Vaticano embajadores y ministros en uniforme de gala, acompañados de su personal de secretarios y agregados. Uno de estos últimos me confesaba más tarde que, a medida que subían la escalera por grupos, expresaban muchos de ellos la curiosidad que sentían por ver la manera con que serían recibidos por el nuevo Pontífice. La empresa constituiría, sin duda, una dura prueba para éste —decía—; se mostraría turbado no estando acostumbrado a desenvolverse en ceremonias de corte. Contrariamente a su ilustre predecesor, León XIII, el nuevo Pontífice era de origen humilde, y los informes que de él se conocían le retrataban preeminentemente como un cura rural. El pronóstico trajo a mi memoria las palabras de Natanael: “Pero ¿es que de Nazareth puede salir algo bueno?” Felipe le dijo: “Ven y ve.”

No estuve presente a la recepción, pues yo no tenía puesto en la misma. Me encontraba trabajando en la Sala Borgia, cuando entró mi capellán a decirme era intención del Cuerpo Diplomático hacerme una

visita como Pro-Secretario de Estado, inmediatamente después de la audiencia con Su Santidad. Las amplias habitaciones Borgia eran suficientes y capaces para albergar, incluso, a mayor número de personas, y rápidamente pude prepararlas para recibir a mis visitantes. Todos llegaron, poco después, con sus brillantes atuendos. Los Enviados se sentaron en semicírculo, con sus secretarios, en pie, detrás de ellos. Después de un intercambio de frases de mutuo saludo, se hizo un gran silencio y pude observar que todos tenían la expresión un tanto seria. La conversación se abría camino laboriosamente. Les pregunté si estaban satisfechos de la audiencia, si les había dirigido la palabra Su Santidad y otras minucias semejantes. Las respuestas me llegaban casi en monosílabos. Sí, se hallaban muy satisfechos. El Santo Padre les había honrado con unas breves palabras, les había recibido con la mayor cordialidad, etc., etc.

Volvió a reinar el silencio, y comencé a sentirme un poco incómodo. Me preguntaba a mí mismo lo que habría sucedido arriba; si habría habido algún roce desagradable o alguna equivocación lamentable; ¿cuál podría ser, si no, la causa de aquel malestar evidente y de aquella grave actitud. Bruscamente, el representante de Prusia se decidió a hablar claro: "Monseñor —exclamó—, díganos, ¿qué tiene este hombre que tanto nos atrae?" "Sí, sí, díganoslo", repitieron los demás como un eco.

Un poco sorprendido, les pregunté si había sucedido algo fuera de lo común durante la audiencia y en qué razón se fundaban para dirigirme tal pregunta. No, nada excepcional había pasado. Su Santidad —me dijeron— no les había entretenido mucho tiempo, y, al terminar su breve alocución, contestando al discurso del Decano, el Santo Padre se había dirigido personalmente a saludar a cada uno de ellos, retirándose después, pero dejándoles *sous le charme de sa personalité* (bajo el encanto de su personalidad). Todo lo que pude observarles fue que yo mismo había visto por primera vez a Su Santidad muy pocos días antes, y había quedado igualmente impresionado por su carácter y el encanto de su personalidad. No les ofrecí ninguna otra explicación. Pero cuando los visitantes se habían marchado, sus palabras continuaban presentes en mi mente; y a la pregunta de: "¿Por qué nos atrae de ese modo?", me parecía escuchar la respuesta: "Porque es un hombre de Dios."

Lejos de disminuir, este sentimiento de honda veneración y estima hacia Pío X fue acrecentándose, a medida que transcurría el tiempo, entre los miembros del Cuerpo Diplomático. Y esta sensación no se limitaba a los representantes católicos. Era igualmente compartida, y con gran

intensidad, por lodos los demás. Hasta en aquellos momentos en que surgieran serias divergencias y conflictos entre la Santa Sede y sus Gobiernos, estuvo siempre patente la consideración especial y la reverencia de los diplomáticos experimentaban personalmente por el Santo Padre. Les inspiraba, invariablemente, en toda ocasión gran confianza, y ellos, a su vez, dieron constantes muestras de la que depositaban en su no fingida sinceridad y en la elevación y pureza de sus miras. Comprendían perfectamente que cuando actuaba con energía en nombre de la Iglesia, y aun cuando mostraba severidad en las medidas que adoptaba en defensa de sus derechos, lo hacía sin amargura y guiado tan sólo por la íntima convicción de su enorme responsabilidad.

Esto se demostró de modo muy especial al tiempo de su muerte, y creo que, muy raras veces, el fallecimiento de un Pontífice produjo dolor tan verdadero e impresión tan profunda de pérdida personal entre los miembros del Cuerpo Diplomático como en aquella ocasión Pude observar a más de uno conmovido hasta las lágrimas, y recuerdo exactamente cómo un representante no católico, hablando del Santo Padre en la mañana siguiente a su muerte, al expresar su condolencia, salía diciendo que pensaba solicitar de su Gobierno el traslado a otro puesto, ya que cualquiera que fuere el nuevo Pontífice elegido, Roma no volvería a ser para él la misma que había sido con Pío X.

Aquel mismo día, otro de los plenipotenciarios, refiriéndose a la situación agitada de Europa y al estallido de la gran guerra, exclamó en mi presencia: "El último destello y esperanza de paz se ha extinguido con la desaparición de Pío X, ya no nos rodean si no tinieblas por todas partes." "Hemos tenido nuestros desacuerdos y momentos difíciles bajo el Pontífice fallecido —decía uno de los representantes no católicos—; pero siempre podía uno darse perfecta cuenta de los elevados propósitos de Su Santidad, de su apreciación de las dificultades de la otra parte y de la rectitud de sus intenciones."

IMPRESIONES DE HOMBRES DE ESTADO SOBRE PÍO X

Todos saben que el príncipe von Bulow, al retirarse de la Cancillería del Imperio alemán, acostumbrada pasar los inviernos y primaveras en Roma, donde poseía la “Villa Malta”. Nunca dejaba de solicitar audiencia con el Santo Padre, tanto a su llegada como al abandonar la Ciudad Eterna. Siempre le conmovían hondamente estas entrevistas con Pío X, y después de sus audiencias me expresaba invariablemente su admiración por Su Santidad, que le había sorprendido, una vez más, con la sagacidad de sus observaciones y la exactitud de sus juicios sobre hombres y cosas. En diversas ocasiones le oí comentar su entrevista con las siguientes palabras: “Todo lo que me ha dicho Su Santidad es verdadero y justo. He conocido a muchos monarcas y jefes de Estado, pero raras veces he visto en ellos esa percepción tan notable de la naturaleza humana y ese conocimiento que Su Santidad posee de las fuerzas que gobiernan al mundo y a la sociedad moderna.”

Me habían informado, con carácter confidencial, que el príncipe von Bulow era opuesto a la gran guerra y a las normas políticas que habían de llevar, irremisiblemente, a la conflagración; no estoy en condiciones de afirmar si esto era o no cierto; lo que sí puedo asegurar sin vacilación es que ni el príncipe ni otras personas obtuvieron jamás una sola palabra salida de los labios de Pío X para favorecer o justificar la tendencia de provocar una agresión o el empleo de la violencia. El Santo Padre hubiera derramado gustoso su propia sangre para evitar el horrendo conflicto y proteger a la Humanidad de los innumerables sufrimientos de la guerra.

Emilio Olivier, el distinguido político francés, que tuvo ocasión de conversar ampliamente con el Santo Padre en los primeros días de su pontificado, expresaba su opinión en términos casi idénticos, y al terminar su audiencia pronunció las siguientes palabras, reproducidas en la prensa. “No tiene la majestad oficial de León XIII, pero posee la que brota de una

amabilidad y bondad irresistibles. Lo que más me ha sorprendido ha sido el don de su inteligencia superior, plena de claridad, lucidez y precisión "Sabe escuchar maravillosamente, entiende a la perfección cuanto se le quiere decir y afronta sin vacilación el punto decisivo o delicado de la cuestión, que él resume con palabras breves y concisas, sin fantasías ni divagaciones, con un enorme *sentido de realidad y abarcando en un instante lo* que es factible y lo que no. "Aún más que su inteligencia, me ha llamado la atención en Pío X su valentía. Posee un valor auténtico, suave, amable, sin jactancia. No es capaz de elevar la voz para decir *non possumus;* pero si se ve forzado a hacerlo, lo hará con voz mesurada y se mantendrá inflexible. "Si surgieran circunstancias difíciles, podréis esperar de él grandes cosas, y si la ocasión lo requiere, sabrá ser, a la vez, héroe y santo."

El conde Goluchowski, el conde Sturza, sir Wilfrid Laurier, Mr John Redmond y otros eminentes políticos y hombres de Estado, tanto de Europa como de América, no fueron menos explícitos en manifestar una estimación semejante, refiriéndose a las cualidades y al carácter del Pontífice.

El Arzobispo Bignami, de Siracusa (Sicilia), recientemente fallecido, me visitó, en diciembre de 1917, para relatarme una larga conversación celebrada pocos días antes con uno de los ministros de Italia más conocidos, entonces en el Poder, a quien, casualmente, había encontrado en el curso de un viaje por la isla. Este distinguido miembro del Gobierno, después de expresarse con elocuencia sobre los merecimientos y éxitos del Papa Pío X, no vaciló en declarar que, en su opinión, el sentimiento general de la bondad del Santo Padre había inducido a muchos a pasar por alto otras cualidades sobresalientes que consideraba situaban merecidamente a Pío X entre los más grandes Pontífices de la Iglesia católica.

"El mismo —añadió— no había tenido nunca ocasión de tratar a su Santidad, y por tanto, no había experimentado personalmente el encanto de su bondad, pero le juzgaba por sus actos, que en muchas circunstancias había tenido personalmente ocasión de apreciar"

Tomé nota por escrito de estas afirmaciones que procedían de los labios de Monseñor Bignami

MI NOMBRAMIENTO DE CARDENAL SECRETARIO DE ESTADO

No sin gran repugnancia me decido a tocar este tema mío, tan personal, al que, ciertamente, no hubiera aludido si no se hubiese hecho público hace tiempo y no hubiera sido mencionado, con más o menos pormenores, por otras personas. Es más. por indiscreción de un antiguo amigo, se ha publicado ya impreso el texto de la carta que Su Santidad se sirvió dirigirme en aquella ocasión Por ello, he creído no debía vacilar en dar a conocer por mí mismo lo ocurrido, muy especialmente teniendo en cuenta que constituye una prueba característica del modo de actuar de Pío X. Pocos, quizá, creerían fácilmente el hecho de que durante los dos meses largos que transcurrieron desde el día de su elección a la mañana en que me entregó el nombramiento, Pío X no me hizo la menor insinuación sobre sus planes a este respecto. Los más absurdos rumores circulaban por entonces en el ambiente con relación a la persona que tendría mayores probabilidades de ser designada por el Santo Padre para el puesto de Cardenal Secretario de Estado y sobre la resolución que adoptaría en este punto. Creo que, por mera casualidad, mi nombre apareció en la prensa al lado de otros varios, aunque, por razones claras y evidentes, parecía lógico que Su Santidad no pensara en mí, y —debo confesarlo ingenuamente— yo mismo no me paré a considerar la posibilidad de aquella solución, tan extraña e inesperada.

Transcurrieron semanas de trabajo febril. La pesada carga de la tarea diaria no me dejaba tiempo de reflexionar en otra cosa, y sólo aspiraba a verme relevado de la ingente responsabilidad de un oficio transitorio, que ninguna persona razonable hubiera deseado ver prolongado. Más tarde supe que el Santo Padre, durante este lapso de tiempo, había requerido repetidas veces la opinión de algunos de los miembros más destacados y experimentados del Sacro Colegio sobre este asunto, y lo había hecho

objeto de sus constantes oraciones. En la mañana del domingo 18 de octubre de 1903 despaché, como siempre, durante una hora varios asuntos con Su Santidad, y cuando me levantaba para despedirme, me alargó un sobre algo voluminoso dirigido a mí con su propia letra, diciendo distraídamente, como refiriéndose a algo que había olvidado: "¡Ah Monseñor! Esto es para vos." En ocasiones anteriores se había conducido en idéntica forma al terminar nuestras entrevistas, y más de una vez me había entregado grandes sobres de esta clase con igual sobrescrito, conteniendo documentos que requerían atención especial. No experimenté, por tanto, la menor sorpresa ni di importancia excepcional a este hecho. Deslicé el paquete entre los restantes papeles, y respondí: "Muy bien, Santo Padre; ya lo veré para informaros mañana." Al atravesar la *loggia,* camino de mis habitaciones, me detuvo el Cardenal Mocenni, quien, al parecer, había hablado con Su Santidad por la mañana temprano y sabía lo que iba a pasar. Su Eminencia me había demostrado siempre una gran amistad y simpatía durante los ocho años que pasé en el Vaticano con León XIII, y acostumbraba tratarme con familiaridad. "Bueno, ¿qué noticias tenemos esta mañana? —me preguntó con la franqueza un tanto áspera en él habitual— ¿Quién va a ser el nuevo Cardenal Secretario?" "Tened la seguridad de que yo no lo sé, Eminencia —fue mi respuesta—; el Santo Padre no ha hecho nunca alusión a este punto en presencia mía." El Cardenal inclinó un poco la cabeza para volverla a levantar con un gesto de sorpresa. "¿Cómo es esto? —exclamó casi bruscamente—. Venga a mi cuarto."

Le seguí hasta su despacho, donde me hizo sentar, empezando a asediarme a preguntas. Manifestó que creía imposible que yo no estuviera enterado de la decisión tomada por Su Santidad. Volví a insistir yo en el hecho de que nada excepcional había ocurrido durante mi audiencia con el Papa, que no habíamos hablado ni una sola palabra sobre el futuro Cardenal Secretario y que yo me había marchado, como de costumbre, con mis papeles y un sobre con documentos que el Santo Padre me había entregado momentos antes de salir. "¡Un sobre! —exclamó—. ¿Dónde está? ¿Por qué no lo abrís?"

Así lo hice, echando una rápida ojeada a la carta que había dentro. ¿Sería demasiado decir que me sentí un tanto ofuscado y bastante conmovido al leer su contenido? El anciano Cardenal me miraba con una sonrisa comprensiva y me daba afectuosas palmadas sobre el hombro. Junto con el autógrafo del Papa iba incluida una considerable suma en billetes de Banco, que justificaban el grosor del sobre. Con su bondad

paternal, Su Santidad deseaba, sin dudas, que yo aceptase aquella cantidad, por no haber percibido hasta entonces remuneración de ninguna clase, y porque también deseaba contribuir a los gastos que me ocasionaría el nombramiento

La carta decía así:

"*La opinión de los eminentes Cardenales que os eligieron como Secretario de Cónclave, la amabilidad con que consentisteis en aceptar durante este tiempo los deberes de Secretario de Estado y la escrupulosa fidelidad con que habéis desempeñado este puesto tan delicado, me obligan a rogaros os hagáis cargo, con carácter permanente, del cargo de mi Secretaría de Estado.* "*Con este motivo, y también para satisfacer una necesidad afectiva de mi propio corazón y daros una pequeña prueba de mi profunda gratitud, en el próximo Consistorio, que habrá de celebrarse, Dios mediante, el próximo día 9 de noviembre, me daré el placer de crearos Cardenal de la Santa Iglesia Romana.* "*Para vuestra tranquilidad, debo añadir que, al obrar de este modo, cumplo un deseo de la mayoría de los Cardenales, los cuales comparten mi admiración por los excelentes dones con que os ha dotado el Señor y con los que, ciertamente, habréis de rendir servicios muy señalados a la Iglesia.* "*Al llegar a este punto, con particular afecto, os doy mi bendición apostólica.* "*Dado en el Vaticano el 18 de octubre de 1903 Pío P P X.*"

Algo repuesto de mi sorpresa, subí a ver al Santo Padre, que me recibió con particular cariño, pero descartando firmemente cualquier intento de oponerme a su resolución o de eludir el compromiso. Habíase decidido —me aseguró— con plena deliberación, y debía inclinarme ante la voluntad de Dios como él mismo había hecho en mi presencia.



PIO X Y LA GRAN GUERRA

Hoy me encuentro ya en condiciones de afirmar que Su Santidad había predicho repetidas veces la declaración de la Gran Guerra Europea mucho tiempo antes que la tormenta estallara y en una época en que muy pocos, si hubo algunos —al menos que yo sepa—, se aventuraban a exponer, en términos generales, el temor de que, tarde o temprano, la creciente hostilidad entre las naciones preponderantes y poderosas daría como inevitable resultado una guerra violenta, con todas sus horribles consecuencias.

Ya en los años 1911 y 1912, el Santo Padre me hablaba frecuentemente del conflicto que se aproximaba, y se expresó más de una vez en este sentido y de manera casi alarmante. En distintas ocasiones durante el curso de aquellos años —cuatro o cinco veces que yo recuerde —, al entrar en su habitación para mi audiencia matinal de las nueve, Su Santidad habría de iniciar la conversación con esta frase: "Eminencia, las cosas van mal" *(Eminenza, le cose vanno male.)*

Por lo general, a aquella hora el Papa había ya revisado los periódicos y telegramas de la noche anterior o de la mañana, y antes de emprender la tarea cotidiana, hacía un resumen de la situación general y manifestaba sus puntos de vista respecto al giro de los acontecimientos públicos. Me exponía situaciones históricas similares, mencionando lecciones del pasado que no habían sido aprendidas, junto con la semejanza de factores cuya obra es constante en todas las épocas de la historia del mundo, y los que eran evidentes en nuestros días, no obstante, las circunstancias siempre distintas. Al mismo tiempo me hacía ver cómo por encima de la sed insaciable de las pasiones humanas se manifestaba de modo permanente la mano directora de la Providencia. Cuando el Santo Padre hablaba sobre estos asuntos estaba en sus mejores momentos.

Pero raramente aventuraba una predicción definida. De aquí que cuando me afirmaba con tanto énfasis que “las cosas iban mal”, yo, naturalmente, trataba de descubrir la razón particular de esta impresión desfavorable, recogida en la prensa o en otras fuentes.

Sin pretender yo insistir en el hecho de que otras varias veces había habido también motivos semejantes de alarma, preguntaba al Santo Padre en estas ocasiones qué era lo que especialmente había llamado su atención, dando origen a los temores que me participaba. “Las cosas van mal —me respondía invariablemente—; la gran guerra se aproxima.” *(Le cose vano male; viene i l guerrone.)* “No me refiero a esta guerra —añadía en la época de la expedición italiana a Libia y durante el conflicto de los Balcanes—. No es ésta, sino la gran guerra.” *(II guerrone.)*

¿Quién podía, en realidad, negar la posibilidad de una conflagración general en Europa? Sin embargo, yo me atrevía a insinuarle que no parecía probable se produjera en un futuro inmediato; que tal vez fuera aplazándose por largo tiempo o, incluso, ser evitada en nuestros días, y que, a pesar de sus imprudencias, aquellos que tenían las riendas del Gobierno y que se encontraban en situación de controlar en alguna medida el curso de los acontecimientos, daban indudables muestras de vacilación antes de lanzar al mundo a una aventura cuyo resultado final nadie podía prever.

El Santo Padre, después de escuchar con atención mis observaciones, de carácter un tanto optimista, solía levantar su mano como amonestándome, y me replicaba con inusitada gravedad: “Eminencia, las cosas van mal; no pasaremos más allá del año 1914.” *(Eminenza..., non passeremo il 14.)*

Como ya he dicho, esto ocurrió varias veces durante aquellos años, y recuerdo cómo, al regresar a mi habitación, meditaba las palabras de Su Santidad. Me detenía a considerar qué motivos podía tener para fijar de modo tan concreto el año 1914 como el de la futura guerra, y no podía hallar una respuesta satisfactoria.

Por aquel entonces no dije ni una palabra de esto a nadie, pues me parecía estaba obligado a guardar exclusivamente para mí estas impresiones. Pero ahora no veo razón alguna para dejar de hacer partícipes a otras personas de esta notable predicción que me hizo repetidas veces el Santo Padre, y a éstas corresponde ahora definir su carácter.

Que dicha predicción no era una idea pasajera, es indudable, no sólo porque fue reiteradamente sugerida en mi presencia, sino también porque

así lo corrobora otro testimonio que no ha llegado a mi conocimiento sino muy recientemente.

El doctor Bruno Chaves, ministro brasileño cerca de la Santa Sede durante muchos años, dimitió de su cargo en 1913. El Papa Pío X le mostró siempre gran afecto, y hablaba con él en términos de gran confianza. En una carta que me dirige desde su residencia de Pelotas el 24 de octubre de 1917, el doctor Chaves hace alusión a su última audiencia con el Santo Padre, celebrada el día 30 de mayo de 1913, durante la cual le dijo Su Santidad "Sois afortunado, señor, en poder regresar a vuestro hogar del Brasil, no seréis testigo de la gran guerra mundial "

"Pensé —escribe el doctor Chaves— que Su Santidad se refería a los Balcanes, pero continuó diciendo: Los Balcanes son el comienzo de una gran conflagración que soy impotente para evitar y que no seré capaz de resistir" "Transmití, con carácter confidencial, este temor de Su Santidad a algunos de mis amigos de por aquí en el mes de agosto de aquel mismo año de 1913 Doce meses más tarde, el temor se había convertido en una cruel y triste realidad "

La carta del doctor Chaves está escrita en portugués, y la transcripción anterior es traducción literal de la misma. Muy bien podría hallarse relacionado con esta predicción el hecho de que, por aquella misma época, paseando un día el Santo Padre por los jardines del Vaticano, se detuviera frente a la hornacina de Nuestra Señora de Lourdes y exclamara en presencia de su capellán privado, Monseñor Bressan: "Compadezco a mi sucesor Yo no lo veré; pero es demasiado cierto que la *Religio depopulata* está muy próxima."

CARACTERÍSTICAS DE PIO X

El amable carácter de Pío X y la bondad de su corazón han sido atestiguados por todos cuantos tuvieron con él algún contacto, siendo unánime la opinión, cuando se trata de exaltar lo que generalmente se designa con el nombre de su "bondad" Y esto, ciertamente, no tiene nada de extraño. Un aspecto tan destacado de su personalidad no podía menos de impresionar las mentes de tantos millares de personas que se acercaron a él en los once años de su pontificado, sin mencionar a los que habían sido objeto directo de su caridad inagotable y del suave celo del humilde cura rural de Tómbolo, del párroco de Salzano o de aquellos que le habían conocido íntimamente cuando trabajaba en medio de ellos como canciller de Treviso, Obispo de Mantua y Cardenal Patriarca de Venecia.

Si a esta paterna solicitud en todos los casos de sufrimiento o de desgracia que tenía ocasión de conocer, añadimos la generosa ayuda de su dictamen y consejo, aun en aquellas cuestiones que, aparentemente, carecían de importancia para los no directamente interesados, la ayuda material y generosas limosnas que dispensaba, tanto en público como en privado, y su extrema delicadeza para los sentimientos de aquellos a quienes favorecía, se comprenderá perfectamente por qué no podrá ser nunca olvidada aquella "bondad" de Pío X y por qué tantas personas se limitan a ensalzar sólo esta visible muestra de su personalidad que tan verdaderamente reflejaba el amor de su Divino Maestro.

Pero sería un gran error creer que esta característica tan atrayente de Pío X le retratara plenamente o resumiera sus dotes y cualidades, nada más lejos de la verdad. Al lado de esta "bondad", y felizmente combinada con la ternura de su corazón paternal, poseía una indomable energía de carácter y una fuerza de voluntad que podrían testificar sin vacilación los que realmente le conocieron, aunque, en más de una ocasión, sorprendiera y aun causara extrañeza a aquellos que tan sólo habían tenido ocasión de

experimentar su delicadeza y reserva habituales. Mantenía un absoluto señorío de sí y dominaba los impulsos de su ardiente temperamento. No vacilaba en ceder en asuntos que no consideraba esenciales, y aún estaba dispuesto a considerar y aceptar la opinión de otros si ello no implicaba riesgo de un principio; pero no había en él ninguna debilidad.

Cuando surgía alguna cuestión en la que se hacía necesario definir y mantener los derechos y libertad de la Iglesia, cuando la pureza e integridad de la verdad católica requerían afirmación y defensa o era preciso sostener la disciplina eclesiástica contra la relajación o la influencia mundanas, Pío X revelaba entonces toda la fuerza y energía de su carácter y el intrépido valor de un gran Pontífice consciente de la responsabilidad de su sagrado ministerio y de los deberes que creía tenía que cumplir a toda costa. Era inútil, en tales ocasiones, que nadie tratara de doblegar su constancia; toda tentativa de intimidarle con amenazas o de halagarle con especiosos pretextos o recursos meramente sentimentales, estaba condenada al fracaso.

En tales casos, al cabo de muchos días de reflexión y noches en vela, solía yo verle con una mano extendida sobre la mesa, que iba cerrando poco a poco hasta apretar el puño; entonces, levantando la cabeza, con una mirada severa y decidida en sus ojos, habitualmente tan serenos y tranquilos, me expresaba su resolución definitiva o me daba su juicio en frases breves y mesuradas. Sin necesidad de más palabras, ya sabía uno a qué atenerse.

Para evitar la duda de que quizá yo quisiera supervalorar esta faceta del carácter del Santo Padre y de que mis apreciaciones pudieran hallarse influidas por el afecto, no estará de más apelar aquí al testimonio de otras personas, que, aunque indudablemente menos en contacto con Pío X de lo que yo estuve, se hallaban, no obstante, en condiciones de formular una opinión digna de tenerse en cuenta, basada en su conocimiento y experiencia personales.

Monseñor Baudrillart, miembro de la Academia Francesa y rector del Instituto Católico de París, escribió las palabras siguientes en un artículo de la *Revue Pratique d'Apologétique,* que bien merecen su reproducción. Dicen así:

"Su mirada, su conversación, todo su ser, respiraban tres cosas: bondad, firmeza, fe. La bondad del hombre, la firmeza del dirigente y la fe del cristiano, del sacerdote, del Pontífice, del hombre de Dios.

“***Tu autem, o homo Dei.***” Esta exclamación del Apóstol subía del corazón a los labios tan pronto se hallaba uno en presencia del Papa. ¡Cuán lejos se hallaba uno entonces de las maquinaciones del mundo y de los manejos políticos! ¡Qué seguridad la que se experimentaba de que de su boca no saldría más palabra que la de Dios! ¡Cuán imposible pensar que se podría acudir al más pequeño artificio o maniobra diplomática en su presencia para engañarle! Había que decirle las cosas tales como eran, sencillamente, y esperar su respuesta con la firme resolución de cumplir con la mejor voluntad cualquiera de sus indicaciones.

“A veces parecía un poco dura esta respuesta. ¡Con qué energía, entonces nos ordenaba el Papa desarraigar la cizaña de aquella parte de la Iglesia que había confiado a nuestro celo!... No teníamos más que mirarle para leer en sus ojos, suaves y tristes, brillantes en su fondo, pero velados por una sombra frases como éstas: “Yo también sufro y más que vosotros, porque tengo que actuar en todas direcciones, reprendiendo y castigando, yo que soy el padre, el padre de todos; pero ése es el deber de mi oficio, el deber que no puedo eludir: el peligro de la Iglesia me lo impone, el peligro de afuera y el todavía peor, de adentro; y ¿tengo acaso derecho a considerar mi propio sufrimiento?

“Pío X era el más sobrenatural de los hombres; el *Deus providebit* (Dios proveerá) que tenía siempre en los labios es la expresión auténtica de todo su ser religioso y moral. Y ésta es la razón por que, una vez seguro de que su deber era actuar en esta o aquella dirección, no se paraba a considerar las consecuencias, confiado en que Dios sabría sacar un bien mayor y duradero de un mal menor y transitorio.

“Tenía la clara visión de la rectitud, y esta clara visión no podían engañarla ninguna mentira, sofisma o hipocresía.

“Con calma, sin inmutarse, denunciaba y condenaba el error adondequiera que lo viese; ninguna consideración era capaz de doblegarle...

“Pío X demostró ser un verdadero dirigente. Su nombre permanecerá para siempre ligado a la reorganización de los Tribunales y Congregaciones Romanas y a la codificación del Derecho Canónico, trabajo colosal terminado con rapidez, que dará mayores facilidades, claridad, fuerza y unidad al gobierno de la Iglesia.

“Ningún Papa ha sido tan reformador y tan moderno como este valiente adversario de los errores modernistas. Fiel a su consigna, acometió la empresa de restaurar y renovar todas las cosas en Jesucristo.

"Los Gobiernos pudieron temerle y desconfiar de él. Pero era amado y tiernamente amado de los pueblos, de todos los buenos y sencillos fieles, porque era bueno, porque era piadoso, porque era un santo, porque era un padre... Santo Padre, ¡hermoso nombre! Pío X era lo uno y lo otro: Santo y Padre". [1]

No menos notables y conmovedoras, a este respecto, son las palabras de Su Eminencia el Cardenal Mercier en su Pastoral de Cuaresma del 2 de febrero de 1915. Me permito reproducir los párrafos siguientes:

"La bondad cautivadora del Santo Padre no tenía nada de la sentimentalidad muelle del débil. Pío X era todo fortaleza. Se afirma insistentemente que fue el autor de una breve plegaria que los sacerdotes han de decir en días determinados por su Obispo. Es como sigue: "*Oremus et pro Antistite nostro N.*" (Roguemos también por nuestro Obispo.) "*Stet et pascat in fortitudine tua, Domine, in sublimitate nominis tui*." (Fuerte con tu fortaleza, ¡oh Señor!, esté en pie y alimente su rebaño en la sublimidad de tu nombre) "

"Y ésta, si no me equivoco, era la nota característica del Papa; una feliz combinación de ternura paternal y de firmeza de carácter, que le hacía perfecto dueño de sí, confería a su alma fortaleza y equilibrio y daba a su expresión aquella mezcla de gravedad-jovialidad, que tan fuertemente atraía a todos con su encanto.

"Los fieles contemplaban interrogantes, con admiración y, más de una vez, con ansiedad al viril Pontífice en la lucha cuerpo a cuerpo con el modernismo."

En los días de Lutero y Calvino, si la Iglesia hubiera contado con Papas del temperamento de Pío X, ¿hubiese podido el Protestantismo arrastrar a una tercera parte de Europa a desligarse de Roma?

"Pío X era un hombre de visión clara y gran decisión. No se prestaba a dejarse convencer por halagos de reformadores ingenuamente ambiciosos de infundir nueva sangre en las venas de la Iglesia que soñaban en modernizar, adaptándola a las fantasías y errores del Protestantismo y del racionalismo modernos. Fiel a la tradición católica, proclamaba nuevamente el axioma que San Vicente de Leríns, discípulo, a su vez, de San Cipriano, Obispo mártir del siglo III, empleaba en el siglo V contra aquellos que propugnaban un avance doctrinal que la conciencia cristiana hubiera considerado, no como un adelanto, sino como una revolución en la

que habrían desaparecido todos los tesoros del pasado: “*Nihil innovetur nisi quod traditum est”* (Nada de innovaciones; sed fieles a la tradición.)

“Una vez decidido su plan, el Papa lo cumplió en su totalidad y en sus partes, por encíclicas y por decretos, en el terreno de la doctrina y en el de la disciplina, en trabajos científicos, en la prensa, en literatura, en la enseñanza de Seminarios y Universidades y aun en las personas de aquellos a quienes más amaba; lo llevó a cabo hasta su realización completa —repito— con una energía y perseverancia a veces desconcertantes.

“Cuando, después de largo tiempo, revisemos esta línea de conducta, de aspectos tan múltiples, pero de unidad tan perfecta, amplia y profunda, nos sentiremos unánimes en admirar la inquebrantable fuerza de voluntad del Papa, y agradeceremos a la Providencia el haber salvado a la Cristiandad de un peligro inmenso, no sólo de una herejía, sino de todas las herejías combinadas, amalgamadas unas con otras de modo más o menos visible”.[2]

Tenemos asimismo prueba evidente de este espíritu y fortaleza en importantes Encíclicas y decretos promulgados por Pío X en el curso de su pontificado, en sus alocuciones públicas, en sus frecuentes admoniciones y exhortaciones de toda clase y en su correspondencia privada.

Bueno será afirmar aquí que el Santo Padre escribía por sí mismo muchas veces las minutas de importantes documentos o facilitaba copiosas notas y material para su redacción. Algunos de estos autógrafos, tan claramente escritos, así como muchas de sus cartas particulares o no publicadas, obran en mi poder y, en consecuencia, puedo transcribir directamente del original algunos párrafos.

Especialmente notable, entre otros documentos, es la breve y característica exhortación que dirigió a los Obispos franceses consagrados por él mismo en el altar de la “Cátedra” de San Pedro el 25 de febrero de 1906, después de la ruptura del Concordato por el Gobierno francés. Sin el reconocimiento ni la ayuda oficial, dichos Prelados se disponían a librar la batalla, y nadie podía prever lo que les esperaba. Pío X les recibió privadamente en su biblioteca, donde quiso que yo permaneciera, y les habló de esta manera:

“*Estaba ansioso de veros a todos reunidos para dirigiros una palabra de confianza y afecto, aunque bajo el sigilo del secreto, y expresaros cuánto aprecio el gran sacrificio que os habéis impuesto de enfrentaros con la pobreza, las privaciones y hasta —Dios no lo permita—*

con el riesgo de ver menospreciada vuestra autoridad o ser objeto de persecución.

"En este mismo día os serán dadas instrucciones concretas relativas a la línea de conducta que habréis de seguir al regresar a vuestra Patria y tomar posesión de las Diócesis que os han sido confiadas. No os conmino a observar exactamente las normas que en dichas instrucciones se os sugieren, ya que ello significaría ignorar vuestros sentimientos de obediencia y reverencia hacia cada una de las normas de la Santa Sede Apostólica.

"A su debido tiempo, seréis convocados para la asamblea general de Obispos franceses, a fin de que podáis exponer vuestras opiniones sobre la nueva ley, tan pronto hayan sido publicados sus preceptos; a saber: si es conveniente soportarla y bajo qué condiciones, cuándo y cómo será lícito oponerle resistencia, etc.

"No es improbable que durante vuestra estancia en Roma hayáis oído alguna alusión sobre este asunto, e incluso recibido sugestiones relativas al mismo. Os exhorto a que hagáis caso omiso de ellas, puesto que el Papa, que hasta el presente se ha inhibido de revelar a nadie su opinión antes de proferir su última palabra, desea conocer los puntos de vista de todos los Obispos, libres como son de expresar su opinión sobre todo aquello que estimen puede redundar en la mayor gloria de Dios, salvación de las almas, honor del clero y seguridad de la religión en Francia.

"Todo lo que os pido es que en esta Conferencia de Obispos, próxima a celebrarse, al dar vuestro voto, respondiendo a las preguntas que os sean sometidas:

1° Os conforméis con el espíritu de Jesucristo, quacumque humana postposita.

2° Os acordéis de que hemos venido para luchar, non veni pacem mittere, sed gladium.

3° Que, al formar vuestro juicio, consideréis el espíritu de los verdaderos católicos de vuestra patria.

4° Penséis que estáis llamados a salvaguardar los principios esenciales de justicia y defender los derechos de la Iglesia, que son los derechos de Dios.

5° Tengáis en cuenta, no sólo el juicio de Dios, sino también el del mundo, que tiene sus ojos puestos en vosotros, si en alguna ocasión os vierais tentandos de faltar a vuestra dignidad o a los deberes que os incumben.

"Y aquí termino, afirmándoos que envidio vuestra suerte, que gustosamente compartiría vuestras tristezas y ansiedades, permaneciendo con vosotros para alentaros. Pero, aunque materialmente lejos, estaré en espíritu constantemente a vuestro lado y nos encontraremos cada día en el Divino Sacrificio de la Misa, ante el Santo Tabernáculo, de donde obtendremos fuerzas para la batalla y medios seguros para la victoria."

Ninguna persona más, salvo yo mismo, estuvo presente a esta audiencia, concedida por el Santo Padre en su biblioteca privada dos días después de la grandiosa ceremonia de la Consagración en San Pedro. Contrariamente a sus prácticas habituales, había confiado esta breve alocución a la memoria, pero la leyó de su propio manuscrito, con entonación solemne, deteniéndose en cada palabra para hacer resaltar con mayor fuerza la importancia de lo que deseaba decir a sus oyentes.

Aunque esta misma energía y fuerza de carácter, en modo alguno se hallaban ausentes de su labor diaria, cuando se trataba de casos más particulares, en los que no podía evitar el proferir un reproche o imponer un castigo, a menos de faltar al cumplimiento de su sagrado deber, la severidad de Pío X, en tales casos, corría siempre parejas con la ternura de su afecto paternal; y si se veía obligado a sancionar al culpable, sentía la falta y miraba su dolor como propio.

Entre otros muchos ejemplos que podría citar, recuerdo exactamente que una mañana el Santo Padre me confesó estaba a punto de recibir en audiencia a una persona que había faltado muy gravemente a sus sagrados deberes. Era un caso bastante triste. La intervención directa del Papa se había hecho inevitable, pues el delincuente había prescindido de todo decoro y no parecía muy inclinado al arrepentimiento y a la penitencia. Encontré a Su Santidad con aspecto triste y cansado.

Me comunicó que había pasado muy mala noche, preocupado con esta entrevista y la necesidad de hablar con la máxima severidad. Estaba decidido a resolver cuanto antes el asunto —me dijo—; pero le costaba enorme trabajo, comprendiendo el golpe que significaría para el desgraciado culpable. "*Rezad por mí un Avemaria, Eminencia* —añadió—,

para que el Señor bendiga esta audiencia y haga que el interesado no se rebele y me obligue a ir más lejos."

Pocas horas después, el Santo Padre irradiaba satisfacción. "*No sabéis; todo ha ido perfectamente*—exclamó sonriendo—. *El desgraciado ha terminado por confesar que era verdad cuanto yo le decía. No he escatimado el rigor; pero, gracias a Dios, se ha sometido, y ahora tendremos que hacer lo que podamos para ayudarle*."

Cuando así imponía algún castigo, la severidad de su continente y la resonancia solemne de su voz eran impresionantes, y, por lo común, producían una impresión abrumadora en la persona que había incurrido en su desagrado; pero esta ira era la del cordero, la ira que no peca.

La enfermedad, la fatiga o el dolor sufridos por otros, especialmente por las personas a quienes conocía más íntimamente, o por aquellos que estaban a su servicio, aun en menudos menesteres, despertaban infaliblemente su más honda simpatía, y no parecía descansar hasta asegurarse de que habían sido aliviados.

"*No os preocupéis respecto a* ... —escribía en estos casos—: *ya habéis hecho bastante, y todavía menos debéis preocuparos por mí, ya que, disfrutando de buena salud como la que tengo, vivo feliz y contento con el bienestar de todos los que me son queridos; sólo el temor de que ellos puedan sufrir me angustia. Así, pues, buen ánimo*."

Otras veces decía: "*No debéis preocuparos por los temores expuestos por el Rev. N. N. Su elección fue hecha después de serio examen, y confiemos en que el Señor bendecirá su apostolado. En todo caso, la responsabilidad no es sólo vuestra, sino también mía, y ambos la compartiremos en paz. Así, pues, adelante y buen ánimo*."

Y, sin embargo, aunque nada podía igualar la sensibilidad de su temperamento afectuoso, no había en Pío X la menor huella de sentimentalismo débil o de emoción no razonable. Como el Cardenal Mercier afirma acertadamente, Pío X tenía un carácter fuerte. Si otros eran incapaces de dominar sus emociones y daban rienda suelta en presencia suya a una tendencia excesiva hacia el sentimiento, "*Esto vir...,* sed hombre", era la respuesta que constantemente salía de sus labios, acompañada de un gesto enérgico y firme. Ciertamente que, en mi opinión, el fino sentido del humor que poseía, hubiese solo bastado para evitar que sus emociones se enseñorearan de su ánimo fuera de los límites razonables.

Puedo ampliar esta observación con una anécdota. En 1912 iba a ser solemnemente inaugurado el campanario, restaurado, de San Marcos, en Venecia. El Santo Padre se había tomado, naturalmente, el mayor interés en la reconstrucción del histórico monumento, tan caro al corazón de todo buen veneciano. El mismo había colocado la primera piedra del nuevo edificio, y era indudable que en su mente estaban asociados con el viejo campanario recuerdos muy queridos. Había seguido con gran interés el curso de las obras en todas sus fases, y había hecho donación de una de las nuevas campanas.

Por antes de la vistosa ceremonia que había de solemnizar la terminación de la gran empresa, fue publicada en la prensa una información anunciando que el Gobierno italiano tenía intención de instalar un hilo telefónico directo entre Venecia y el Vaticano, al objeto de que Su Santidad pudiera oír el repique de San Marcos. A continuación, se decía que habían intervenido los consejeros médicos del Papa, oponiéndose a este proyecto, y afirmando que el Santo Padre experimentaría con ello una emoción demasiado intensa que podría perjudicar a su salud.

Este falso rumor le hizo francamente gracia. En realidad, la idea de solicitar el Gobierno italiano la instalación de una línea telefónica directa entre Venecia y el Vaticano había sido sugerida por algunos amigos impacientes del antiguo Patriarca de Venecia; pero Pío X desechó la proposición, según él mismo me dijo, sin que los médicos consideraran necesaria su intervención y sin que hubieran expresado el menor temor respecto a la impresión que pudiera producir en Su Santidad.

Rió de buena gana con esta historia y, comentándola, me decía divertido, guiñando el ojo: "*¿Es que me toman por una jovencita? No he accedido a la sugerencia que me ha hecho esa buena gente, entre otras razones, y para ser sincero, porque, con toda probabilidad, hubiera sido el último en oír algo claramente. Podéis estar seguro de que la línea hubiera sido intervenida, y que poco o nada hubiese podido escuchar. Y, además, tengo suficientes campanas que escuchar en Roma, y hasta quizá demasiadas*."

Al hacer esta observación, el Santo Padre aludía al interminable repique de las campanas de San Pedro, tan próximas a sus habitaciones privadas, y que en algunas ocasiones era duro soportar. Pero los familiarizados con la frase italiana "*Sentiré troppe camparte"* comprenderán fácilmente que se refería principalmente al antagonismo

inevitable de opiniones, peticiones y quejas con las que tenía que luchar constantemente.

Poseía un corazón alegre y amable, una voluntad firme y viril, y estas cualidades, apoyadas por su confianza en Dios, eran las que le ayudaban *a* soportar tan valientemente el peso y la preocupación de su arduo oficio.

SU CULTURA Y ELOCUENCIA

Ninguna fuente de información más digna de crédito sobre los primeros años y educación del Pontífice Pío X que el testimonio del canónigo Marchesan de Treviso, cuidadosamente reunido y publicado en su *Vida de Pío X.* En dicho volumen, el autor testifica el aprovechamiento de Giuseppe Sarto en el estudio de los clásicos y de la literatura, aprovechamiento que le valió siempre los plácemes de sus profesores, y del que más tarde dio pruebas abundantes en innumerables discursos, alocuciones, sermones y cartas pastorales, no menos que en su correspondencia particular.

Pío X estaba sumido hondamente en el trabajo pastoral, único objeto de su vida, como Párroco, como Obispo y como Supremo Pontífice, para poder dedicar una parte considerable de tiempo a las actividades literarias o artísticas. No obstante, cuando la ocasión se presentaba, revelaba las dotes y los gustos de una mente cultivada, tanto en el campo literario como en el artístico. Había leído mucho. Las Santas Escrituras, la Teología y la Historia parecían ser sus materias preferidas, y aun en medio de las tareas cotidianas y de la incesante labor de su elevado ministerio —lo he comprobado personalmente—, gustaba leer varias obras y mantener contacto con el pensamiento moderno.

Una y otra vez había de sorprenderme con su exacto conocimiento de naciones y pueblos distantes, de sus tradiciones, costumbres y carácter peculiar. De aquí la facilidad que poseía para hacerse cargo de una situación y apreciar los puntos de vista y sentimientos predominantes de países tan distintos del suyo, que nunca había visitado. Sin hacer mención de países cuya información se encuentra más al alcance de una mentalidad occidental, su comprensión, por ejemplo, de las intrincadas cuestiones relacionadas con los eslavos, con su liturgia y sus aspiraciones nacionales, era a veces notable. Se debía esto, sin duda, en gran parte, a los

conocimientos adquiridos con el contacto de muchos representantes de aquellas nacionalidades durante los nueve años que residió en Venecia.

Tenía siempre ante su mesa las publicaciones más recientes en italiano y francés sobre los más diversos asuntos. Leía el francés sin la menor dificultad y con verdadero placer, aunque le intimidaba siempre hablar esta lengua, principalmente, presumo, porque no conseguía dominar su pronunciación y acento. No obstante, en algunas ocasiones le oí seguir una conversación privada en este idioma, y una de las veces, precisamente después de la solemne beatificación de Juana de Arco, ante centenares de peregrinos reunidos en San Pedro para su solemne audiencia, los sorprendió gratamente a todos con una larga respuesta en francés al discurso de homenaje que le fue dirigido.

Había escrito el texto original en italiano y ordenado su traducción. En la esperanza de inducir a Su Santidad a vencer su repugnancia de hablar en francés y hacerle adquirir una mayor confianza en sí mismo para hacerlo así, recuerdo se me ocurrió darle cuenta de lo que me había sucedido a mí mismo días antes. Uno de los representantes diplomáticos acreditados cerca de la Santa Sede que, ciertamente, no había sido escolar francés, deseoso de imprimir en mi mente la agitación que reinaba en su país en relación con un asunto ardientemente debatido, me aseguraba que *les animaux sont tres agites lá-bas* (los animales estaban allí muy agitados). Evidentemente, había adoptado la expresión italiana *gli animi sonó molto agitati,* y había traducido *animi* por *animaux* (animales) y no por ánimos o *espíritus.* Naturalmente, que hice cuanto pude para mantener mi seriedad. Argüía yo a Su Santidad que, después de todo, si un Ministro era capaz de cometer tales pinas en una entrevista de carácter oficial, el Santo Padre no tenía por qué avergonzarse de incurrir en algún pequeño desliz en el curso de una conversación privada.

Pero, lejos de convencer al Santo Padre o inducirle a no acobardarse por las raras equivocaciones que pudiera cometer al emplear un idioma extranjero, mi argumento le hizo sacar una conclusión opuesta. Riendo de corazón mi anécdota, exclamó: “Ahora comprenderéis el porqué no deseo correr ese riesgo. Sería verdaderamente horrible para un Papa decir una tontería semejante.” No pude ya contradecirle.

La oración fúnebre de Monseñor Sarto con motivo de la muerte de Monseñor Rota, Obispo de Mantua, es una excelente prueba de su estilo y del cuidado y precisión con que escribía. Creo que si, al menos, alguna de sus numerosas composiciones fueran publicadas y más ampliamente

divulgadas, sería todavía más apreciado el dominio de la lengua y el gusto literario de Pío X.

Manejaba la pluma con increíble facilidad y rapidez. Su escritura era especialmente clara, y era capaz de llenar páginas enteras de un borrador con muy pocas correcciones. En medio de su trabajo, muchas veces, en el intervalo entre una y otra audiencia, solía enviarme una nota, bien para transmitirme o pedirme una información urgente, bien para hacerme una sugestión o darme órdenes. Muchos de estos autógrafos se hallan todavía en mi poder.

Todos están claramente escritos, sin una tachadura, correctamente puntuados, fechados y dirigidos. Era, en verdad, un misterio para mí cómo se las arreglaba para escribirlos y despacharlos con aquella celeridad en el curso de la mañana cuando no tenía un momento para sí, y cuando las audiencias y el trabajo de toda clase le abrumaban sin interrupción. Traté más de una vez de oponerme, rogándole me llamara o me enviara a buscar, con el fin de ahorrarle un cansancio innecesario. "No —me decía—; los dos estamos demasiado ocupados para perder el tiempo, y es más rápido que yo escriba."

La admirable *Exhortatio ad Clerum* que el Santo Padre dedicó al Clero de todo el mundo, al celebrar su jubileo sacerdotal, fue escrita en sus ratos libres, página por página, en el espacio de unos quince días. Como de día en día el trabajo progresaba, accedió a leérmelo, rogándome le expresara mis objeciones. Se trataba de una labor personalísima suya, y era, en verdad, una exhortación admirable. En el breve prólogo que el Cardenal Bourne hizo para la edición inglesa, declara muy bien: "Las palabras del Santo Pío X, dirigidas a sus colegas sacerdotales en el quincuagésimo aniversario de su propia ordenación de sacerdote, permanecerán constantemente en el pensamiento de todos aquellos que han sido llamados al altar. Brotaron del corazón de un verdadero sacerdote, modelado a semejanza de su Maestro, como Sacerdote y Obispo, y bajo la carga del supremo pontificado. ¡Quiera Dios que las ardientes palabras del Santo Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra durante once años, restauren, fortalezcan y graben indeleblemente en los corazones de todos sus sacerdotes las enseñanzas fundamentales que las mismas sugieren!"

Los que pudiéramos calificar como documentos formales u oficiales de Su Santidad, tales como las alocuciones al Sacro Colegio, las cartas apostólicas y otros, no eran, por lo común, redactadas por él directamente, aunque de hecho, para la compilación de estos extensos documentos,

frecuentemente preparaba él mismo los borradores o facilitaba notas, y nunca dejaba de dar instrucciones precisas o de revisar cuidadosamente todas las partes del trabajo que le preparaban sus subordinados.

Pero, por ejemplo, la conmovedora alocución de Pío X a los Cardenales recién elegidos en el Consistorio de mayo de 1914, y posteriormente publicada en el *Acta Apostolicae Sedis,* era original suya, desde el principio al fin y escrita de su puño y letra. Poseo el manuscrito de este último discurso, pronunciado inmediatamente después de impuesta la *birreta* roja a los nuevos miembros del Sacro Colegio, entre los que se encontraba el Arzobispo de Bolonia, Cardenal Della Chiesa. El recuerdo de esta alocución leída tres meses antes de su muerte, tan manifiestamente inspirada por su celo apostólico y digna de un gran Pontífice, ha de hallarse aún fresco en el ánimo de muchos de los que la escucharon, y produjo la más honda impresión en todos los presentes.

Lo mismo podría decirse de otras alocuciones dirigidas a entidades u organizaciones de distinta clase. En tales ocasiones, el Santo Padre, o bien leía el documento escrito preparado por él, o bien hablaba con el texto en la mano, aunque apenas si le echaba una ojeada en el curso de su conversación. No pocos se inclinan a pensar que, como orador, Pío X estaba en sus mejores momentos cuando improvisaba, lo que hacía frecuentemente. Sus palabras afluían copiosas en frases correctas y en un lenguaje pleno de significación, libre de toda retórica artificiosa o de fraseología vana. Que sentía intensamente cuando decía, ninguno de sus oyentes podría dudarlo. Su celo, la rica armonía de su timbre de voz, la dignidad de su gesto y el destello de su porte, prendía la atención de todos y prestaba un encanto exquisito a su dicción, renovando la fuerza convincente de sus argumentos habituales.

Monseñor Touchet, ilustre Obispo de Orleáns y a su vez brillante orador, no ocultaba su admiración más sincera por la oratoria del Santo Padre, que tuvo ocasión de apreciar en distintas oportunidades, durante su visita a Roma. Disfrutaba escuchándole. Es más, adoptó la costumbre de enviar sus discursos y escritos a Pío X, y se complacía con las acertadas observaciones hechas por el Santo Padre, que a menudo se las comunicaba en amistosa correspondencia. No estará de más mencionar la respuesta de Su Santidad al saludo leído por Monseñor Touchet en la Sala del Consistorio, con motivo de la beatificación de Juana de Arco. Tomo esta respuesta del borrador original, tal como salió de la pluma del Santo Padre, y trato en lo posible de dejar intactas en mi traducción las frases características del texto original.

En la mañana del 20 de abril de 1909, ante una gran muchedumbre, pronunció Su Santidad el siguiente discurso, después de unas palabras preliminares: "¡Oh venerables hermanos e hijos amadísimos que, en cumplimiento de los deberes de vuestra profesión, predicáis y practicáis sin respeto humano las enseñanzas de la Iglesia Católica, y, por esta misma razón, no solamente sufrís menosprecio y desdén, sino que sois objeto de pública censura, tachados de enemigos de vuestra Patria y difamados por cobardes calumniadores que no vacilan en herir gravemente los corazones católicos, precisados más que nunca de todos los auxilios de la divina gracia para perdonar a aquellos que les ofenden tan vilmente!

"Si el Catolicismo fuera un enemigo de la Patria, no sería una religión divina. La Patria es un nombre que trae a nuestra memoria los recuerdos más queridos, y bien sea porque llevamos la misma sangre que aquellos nacidos en nuestro propio suelo, o bien debido a la aún más noble semejanza de afectos y tradiciones, nuestra Patria es no sólo digna de amor, sino de predilección.

"Y si esto ocurre siempre y con carácter general, ¡con cuánto mayor motivo debe ser así cuando nuestro país está ligado por indisolubles lazos a esta Patria, que no está limitada a los contornos de un océano o rodeada de una cadena de montañas, que no habla una, sino todas las lenguas: la Patria que abarca en su latitud el mundo visible y el del más allá del sepulcro: la Iglesia Católica!

"A todos aquellos políticos que creen ver en la Iglesia un enemigo y por ello la combaten sin cesar; a los sectarios que con un odio inspirado por Satanás la calumnian constantemente, envileciéndola y atacándola; a los falsos campeones de la ciencia, que con sofismas de todo género pretenden censurarla como si constituyera un enemigo de la libertad, de la civilización o del progreso intelectual, contestadles que la Iglesia, señora de las almas y directora de los corazones de los hombres, ejerce su supremacía ante el mundo entero porque ella sola, por ser la esposa de Cristo y poseerlo todo en común con su fiel Esposo, es la depositaría de la Verdad, ella sola puede recabar de todas las naciones veneración y amor.

"Por esta razón, todo aquel que se rebele contra su autoridad, temeroso de su supremacía en el dominio del Estado, impone barreras a la verdad; el que proclama que su autoridad es extraña al país, desea que la verdad sea también extraña a esa nación, el que teme que esta autoridad pueda perjudicar a la libertad y a la grandeza de un pueblo, confiesa abiertamente que una nación puede ser grande y libre sin la verdad.

“De aquí que si un Estado, un Gobierno o una Autoridad —cualquiera que fuere su nombre— hace guerra a la verdad, no puede pretender inspirar amor mientras se oponga de este modo al sentimiento humano más sagrado. Tal Autoridad podrá mantenerse por pura fuerza, podrá ser temida, porque, indudablemente, la espada del castigo conmina a la obediencia, podrá ser aplaudida por hipocresía, interés o servilismo; podrá ser aun acatada, ya que la religión aprueba nuestra sumisión a los humanos poderes siempre y cuando éstos no obliguen a ningún acto contrario a las divinas leyes, en cuyo caso todos estarían obligados a oponer su resistencia, sin por ello constituirse en rebeldes.

“No obstante, aunque este deber de sumisión en todo aquello que no se oponga a las obligaciones prescritas por la religión, hará aún más meritoria la obediencia, no será lo suficiente para convertir esta obediencia en afectuosa, alegre y espontánea, de forma tal que merezca el calificativo de amor y de veneración

“Sentimos, pues, veneración por la Patria, que en suave unión con la Iglesia contribuye al verdadero bienestar de la Humanidad. Y ésta es la razón del porqué los auténticos caudillos, campeones y salvadores de un país han surgido siempre de entre las filas de los mejores católicos, de que los Santos sean invocados en los himnos de nuestra santa liturgia como Patronos de su país, ellos siguieron el ejemplo del Santo de los santos, que mientras obedeció a aquellos que ejercían autoridad y pagaba el tributo al César, al aproximarse a Jerusalén y prever su próxima ruina, derramó lágrimas abundantes; pues siendo una ciudad tan amada y favorecida por el Señor, no se había aprovechado de tantas gracias ni de la visita que Él mismo se dignó hacerle con el solo objeto de derramar sobre ella toda clase de bendiciones.”

PIO X Y LAS ARTES

La Iglesia ha dispensado siempre su generosa protección a las artes donde quiera que haya ejercido su influencia. Roma es un testimonio elocuente de este aserto, de la tradicional munificencia de sus Pontífices y de sus ilustrados esfuerzos, no sólo para conservar los monumentos antiguos y las innumerables reliquias del pasado, así paganas como cristianas, sino también para alentar la actividad de artistas que daban pruebas de un genuino talento.

Y esto ha sido igualmente cierto en períodos agitados de la Historia, cuando los Pontífices estaban abrumados con problemas económicos y por los arduos deberes de su apostólico ministerio. Sin embargo, es evidente que, considerados individualmente, no todos los Papas han sido personalmente dotados de un temperamento artístico ni inclinados por su educación a profesar un interés especial por el arte.

Ya he apuntado que Pío X estaba demasiado absorbido, como sacerdote y como pastor, por su enorme celo y gran actividad en pro de la salvación de las almas, para disponer de tiempo suficiente que dedicar a otros menesteres, a pesar del interés que en ello pudiera tener. Pero amaba las cosas bellas, y había visto muchas en el transcurso de su vida en Mantua, Padua y Venecia, así como en sus raras visitas a Roma.

Disfrutaba con el trato de artistas ilustres, a quienes siempre acogía gustoso y con miras a aumentar sus conocimientos artísticos. Este trato, unido a sus lecturas, contribuyó, sin duda, a educar su gusto, que era excelente y refinado de por sí, a veces casi severo. La Exposición de Arte Sacro organizada en Venecia, en la preciosa iglesia de los Santos Juan y Pablo, debió su origen a la iniciativa alentadora del Patriarca, Cardenal Sarto, que se tomó infinitos trabajos para asegurar su éxito. A este propósito debo hacer constar su costumbre de recordar lo

maravillosamente que se hallan descritas las verdades de la fe católica en los tesoros inapreciables del arte cristiano antiguo, tan profusamente esparcidos por Italia, y cómo los maestros de antaño estaban imbuidos del verdadero espíritu de la Iglesia. “En la Italia moderna —decía con frecuencia—, la vida y el sentimiento de ese lenguaje sublime están dormidos y es preciso despertarlos una vez más.”

Censuraba rigurosamente cualquier negligencia en la vigilancia debida a los tesoros artísticos e históricos. Las circulares que repetidamente dirigía al clero de Italia y del extranjero, dando instrucciones precisas y reglas prácticas en este sentido, merecen una atención más minuciosa de la que hasta ahora se les ha prestado. Afirmaba sin vacilación que los museos y galerías de arte son necesarios para la conservación de herencias valiosas, ya que si éstas se perdieran o deterioraran, no podrían ser nunca repuestas. Pero consideraba dichas instituciones en cierto modo inadecuadas, y de buena gana las hubiera suplido de otra manera. Sustentaba el criterio de que las obras artísticas e históricas debían permanecer en el lugar para el que habían sido creadas, y que el separarlas de su sitio, a menudo, desfigura el fin buscado por sus autores.

Es más: a su juicio, la distribución por todo el país de las inspiradas producciones del genio humano y de los recuerdos del pasado, ayudaba a cultivar, más que ningún otro elemento, el gusto del pueblo, despertando las dotes naturales de los presuntos artistas. “Cuando la lección —decía— ha de aprenderse entre las paredes privilegiadas de un museo, en las grandes ciudades, o en ocasiones limitadas que exigen molestias y gastos, muy pocos pueden, en realidad, beneficiarse de la mismas; y, como consecuencia de esta tendencia de nuestros días, ya no existe el proceso gradual de una asimilación inconsciente que prevalecía en el pasado.”

El 28 de marzo de 1909, Pío X inauguró la nueva galería que con tanto trabajo logró erigir para la mejor y más segura custodia de los célebres cuadros de la colección vaticana. Muchos recordarán todavía la antigua pinacoteca, situada en el tercer piso del palacio. Con frecuencia, muchas tardes, en los breves intervalos de descanso o recreo que se permitía el Santo Padre, especialmente en los comienzos de su laborioso pontificado, paseaba por la galería de pinturas, entonces situada, como se recordará, en la logia superior del Vaticano, al nivel de las habitaciones privadas de Su Santidad.

Pío X se dio cuenta inmediata del hecho de que la galería, tal como existía entonces, no ofrecía espacio suficiente para todos los cuadros, muchos de los cuales se hallaban amontonados, lo que no era digno de colección tan importante. Además, la situación al Norte de las salas, expuestas a los fríos vientos de "tramontana" y a las bajas temperaturas, había demostrado ser perjudicial para algunos de los cuadros más antiguos y delicados. Por otra parte, la proximidad al tejado y a departamentos habitados no ofrecía tampoco seguridad bastante en caso de incendio u otros accidentes.

El Santo Padre me habló repetidamente de todo esto con el mayor interés. Perseguía, sin embargo, otra finalidad cuando se decidió a erigir la nueva Pinacoteca. Las muchas y valiosas pinturas que se encontraban, tanto en la Biblioteca Vaticana como en el Museo Lateranense o en diversos vestíbulos del palacio, donde pasaban casi inadvertidas, habían atraído su atención. Sugirió, por tanto, el plan de reunir todas estas obras, con el propósito de dar amplias facilidades para el estudio de los grandes maestros, formando una galería de pinturas más en consonancia con las mejores tradiciones de los Romanos Pontífices. Esta era la idea de Pío X, y la constancia con que fue llevada a la práctica es buena prueba de su inteligente interés en el cultivo y progreso de las artes.

El Pontífice poseía ideas muy concretas sobre la decoración, la cual consideraba admisible en iglesias de valor artístico evidente. Benedicto XIV, en su clásico tratado sobre la *Beatificación y Canonización de los Siervos de Dios,* estudia, bajo el epígrafe "Ornatus Vaticani Templi", los adornos transitorios con que es costumbre decorar la gran Basílica. Este ilustre Pontífice justifica el hábito establecido, observando que el carácter excepcional de estas ornamentaciones contribuye a impresionar el ánimo del pueblo con la solemnidad de la celebración. Nuestro interés se despierta, naturalmente, con menor intensidad mediante aquello que se halla siempre a nuestro alcance, por muy bello que sea, *ab assuetis non fit passio,* e indudablemente comprendemos mejor la significación plena de una ceremonia cuando nos es dado contemplar una decoración especialmente adaptada a este fin.

Pío X no mostró inclinación a poner en duda este principio, pero objetaba firmemente su empleo indistinto y exagerado. "Por el amor de Dios, respetad las líneas arquitectónicas de nuestras iglesias y la armonía de su trazado; no estropeéis su auténtica belleza con vuestros trapos rojos *(stracci rossi)."* Esta amonestación la escuché repetida y frecuentemente de los labios de Pío X, al referirse al excesivo empleo de paños baratos y

colgaduras insustanciales colocados en iglesias y capillas, aun de la misma Roma, con ocasión de importantes festividades. Censuraba francamente la cobertura exagerada del mármol de las paredes y de los soberbios pilares y finos arcos de nuestros edificios sagrados, que tan poco tienen que ocultar y tanto que admirar.

Juzgaba absurdo tratar de amenguar su esplendor con adornos chillones, precisamente en aquellos días solemnes que ofrecían la mejor oportunidad de cultivar el gusto de las multitudes y fomentar en ellas el aprecio de la genuina belleza de la casa de Dios.

Durante los once años que duró el pontificado de Pío X se construyeron en Roma y en sus alrededores gran número de iglesias. Muchas de ellas se erigieron totalmente a expensas de Su Santidad; a todos contribuyó con esplendidez, y los planos de sus trazados fueron, en la mayoría de los casos, sometidos a su aprobación. Las necesidades urgentes de los grandes y densamente poblados distritos de los suburbios de la ciudad y de los sectores rurales hacían absolutamente necesaria la erección de nuevos templos y parroquias. "Hay muchísimas iglesias bellas en Roma, y, sin embargo, no son, en modo alguno, suficientes —acostumbraba decir el Santo Padre—. De buena gana trasladaría una docena de las situadas en el centro a las afueras de la ciudad, pues entonces no nos veríamos obligados a construir otras nuevas."

Al cambiar impresiones con los arquitectos descendía al detalle más nimio de los planes que le presentaban, y los estudiaba detenidamente con el mayor cuidado antes de autorizar el comienzo de las obras. Su experiencia como párroco le sirvió grandemente en relación con la distribución práctica y el adecuado emplazamiento de los edificios. Con la idea siempre fija en su imaginación de facilitar el trabajo del sacerdote, insistía constantemente en la conveniencia de construir la casa parroquial adosada a la iglesia, y, si era posible, una escuela cercana, un salón para las reuniones parroquiales, un centro obrero y otras semejantes.

No alentaba nuevas modalidades en el estilo arquitectónico de las construcciones religiosas, especialmente en Roma, y demostraba marcada preferencia por la arquitectura clásica, que creía debía imitarse dentro de los límites de una adaptación y gasto razonables. "¿Por qué ir lejos a buscar nuevas ideas? —solía decir—. Tomad como modelo alguna de las antiguas Basílicas; tenemos a nuestro alcance gran número de iglesias espléndidas y existen otras muchas en el país con las que sería difícil rivalizar; mejor será reproducir las antiguas en mayor o menor escala que

perder el tiempo en buscar novedades sin gusto, de un estilo excéntrico o indefinido.”

Además de la pintura y de la arquitectura, existían otras modalidades artesanas de habilidad y destreza que atraían las inclinaciones artísticas de Pío X, prestándole oportunidad de demostrar su sentido de observación y el refinamiento de sus gustos. El arte del encaje era uno de ellos, y nada es de extrañar en él esta afición, teniendo en cuenta su origen veneciano y el gran interés que le inspiraba todo lo que pudiera sobresalir en su país natal.

El canónigo Marchesan ha publicado el texto de un autógrafo debido a la pluma del Patriarca, Cardenal Sarto, en Murano, con ocasión de una visita guiada a la fábrica de encaje de aquella localidad el 12 de enero de 1898. El Santo Padre decidió patrocinar esta empresa con el doble objeto de favorecer su progreso y de obtener una mejora y ayuda espiritual para las numerosas jóvenes pobres venidas de partes diferentes de la ciudad. La circular que en lengua latina dirigió al clero poco después de tomar posesión de su sede patriarcal es una prueba de este interés, no menos que el característico autógrafo que podría traducirse como sigue: “Al visitar la escuela del taller de encajes en Murano he quedado sorprendido por la belleza de este trabajo, que tan amablemente me fue mostrado, y me fui, en verdad, satisfecho de la disciplina del establecimiento, en el cual cerca de cuatrocientas jóvenes, en medio de su ardua y difícil tarea, practican las virtudes de la vida cristiana. Formulo la esperanza de que los directores y patronos de la escuela puedan encontrar el medio de vender estas maravillosas labores, proporcionando así un bienestar a las obreras y aliviando las necesidades de esta localidad tan pobre.”

Un extenso conocimiento de las diversas escuelas y métodos de fabricación del encaje, en casa y fuera, le permitía hablar con suficiencia de las sutiles particularidades de los *merletti a piombino, punto in aria, punto tagliato* o *punto a reticella,* y a primera vista podía conocer sin dificultad los méritos o defectos de cualquier encaje que viniera a parar a sus manos, al serle ofrecido un mantel de altar, un roquete o un alba.

No puedo por menos de pensar en los donantes de estos objetos, que muchas veces se hubieran encontrado perplejos si hubiesen conocido la exactitud con que el Papa apreciaba y discernía el verdadero mérito y valor de los obsequios que le presentaban.

1 “Quia tamen minus animum movent quae procul is semper sunt, templa consuevimus, etsi arte et materia apprime nobília, cum statae queadam aut extra ordinem celebritates indderint, adscrito cultu et

temporarus ornamentis excolere, ut novitas commendet quod assiduitate quodammodo viluerat." (bened. XIV, Op.: de Servorum Dei Beatificatione et Canonizatione, t. VII)

PIO X Y LA MÚSICA

El Papa Pío X amaba la música, para la que poseía un talento natural; está fuera de duda. Se las había arreglado para adquirir un amplio conocimiento del tecnicismo de este arte, y el hecho de haberlo logrado en el curso de una vida tan ocupada, es prueba clarísima de que estaba especialmente dotado para ello, ya que los deberes absorbentes de su ministerio apenas si le dejaban un momento libre para cultivar esta afición.

No creo que muchas personas sean capaces de comprender el enorme sacrificio que supone para un sacerdote el ver interrumpido, por su vocación, el goce de escuchar música verdaderamente buena. Estoy seguro de que el Santo Padre experimentaba hondamente esta pérdida, aunque con toda probabilidad no se detenía a considerarla mucho más que otras renuncias que voluntariamente se había impuesto en servicio de su Divino Maestro.

Música mala y ruidosa, dentro y fuera de la iglesia, estuvo, evidentemente, obligado a oírla todos los días de su vida, por eso es más notable que, a pesar de ello, conservara un gusto exquisito y una marcada preferencia por el gran estilo de composición musical, tanto sagrada como profana. Recuerdo muy bien lo intensamente que disfrutó en una ocasión escuchando el gran oratorio de Perossi El juicio final, que, a petición suya, fue ejecutado bajo la dirección personal de su autor en la Sala Regia. Cómo comentaba los inspirados trozos de los textos litúrgicos y la riqueza de las partes orquestales, sin dejar de apuntar las cualidades o deficiencias observadas aquí y allá, bien en la composición misma o en los cantores.

Todavía experimentó un placer mayor con el grandioso canto de varios centenares de voces durante la solemne Misa Pontifical cantada en San Pedro con motivo del centenario del gran San Gregorio; muchos recordarán emocionados aquel día inolvidable.

No estaría en relación con los límites reducidos de este breve ensayo el aludir detalladamente a los esfuerzos desplegados por Pío X para restablecer la música sacra conforme a las buenas tradiciones y al espíritu de la Iglesia católica. Sería, por otra parte, superfluo, ya que sus públicas manifestaciones e instrucciones sobre esta materia han sido ampliamente divulgadas y se han publicado muchos escritos haciendo resaltar su importancia. No puedo dejar de mencionar, sin embargo, algunas de sus ideas y orientaciones sobre este punto, tanto más cuanto que tuve ocasión de comprobarlas personalmente.

En éste como en otros aspectos, el ideal de su vida inspiraba sus opiniones y dirigía sus actividades. Gustaba de la buena música en general; pero, naturalmente, le interesaba con preferencia la música sacra. Insistía una y otra vez en su deseo de adoptar lo mejor, y esto a sus ojos sólo podía constituirlo la música verdaderamente sagrada y eminentemente "artística", en armonía con la liturgia de la Iglesia y la genuina expresión de los sentimientos inspirados por la fe. Mantenía el criterio de que la música debía ser precioso auxiliar de la devoción. Haciendo muchas veces caso omiso de la belleza innata de aquélla, decía que estaba fuera de lugar si, en vez de elevar el alma al Señor como medio y ayuda de la oración, adquiría excesiva importancia y abandonaba su carácter secundario de elemento conducente al supremo objeto del culto: levantar las mentes y los corazones a Dios.

Sostenía firmemente el principio de que si la música debe rendir tributo de alabanza a Dios, no habrá de ser de calidad deficiente, y que había que tratar de producir la mejor. Por otra parte, comprendía perfectamente que, para poder lograr una reforma definitiva de la música eclesiástica, no bastaban las medidas puramente disciplinarias por rigurosas que fueran. Resulta imposible forzar el gusto por un estilo determinado donde éste no puede ser entendido ni apreciado, y el gusto ha de ser gradualmente educado si quieren lograrse resultados positivos y duraderos.

Estos eran los puntos de vista del Santo Padre, que expresaba frecuentemente en mi presencia. Pero no había pequeñez alguna de espíritu en las ideas que sobre la música sacra, susceptible de ser aceptada, poseía Pío X. No rechazaba en modo alguno las peculiaridades locales o nacionales, muchas de las cuales admiraba francamente, siempre que —decía— "los principios fundamentales de su carácter y gravedad estrictamente religiosas fueran observados con todo rigor, y si fuere necesario, mediante una cuidadosa adaptación." Ni tampoco pretendía

prohibir el empleo de música polifónica en las iglesias. Acogía favorablemente los trabajos realmente buenos de los modernos compositores, aunque exigía que se limitaran a las normas prescritas y que la música constituyera una especie de derivación o eco del canto llano.

Me acuerdo de un comentario que hizo al conocer el deseo de algunos reformadores extremistas que querían desterrar de nuestras iglesias todo lo que no fuera simplemente el canto gregoriano; lo calificaba de ser un capricho exagerado: "Sería igual que si yo desechara los cuadros más bellos y clásicos de la "Madonna" bajo el pretexto de que el único modelo aceptable es la representación más antigua y primitiva de la Virgen María que ha llegado a nuestros días, tal como aparece en las catacumbas de Santa Priscilla. "Esto nos conduciría a proscribir las obras maestras del arte religioso y de la pintura verdaderamente inspirada. No queremos cuadros profanos de Nuestra Señora, ni imágenes carentes de devoción hechas por nuestros modernos artistas; pero tampoco sería razonable afirmar que únicamente los cuadros antiguos llenan las condiciones requeridas por la religión y por una auténtica belleza artística. Pues lo mismo sucede con la música religiosa."

Con frecuencia manifestaba su contrariedad de que no se concediera mayor importancia a una costumbre que ayudaba positivamente a los fieles a comprender y sentir más profundamente el culto católico, y que, adoptada con carácter amplio y general, contribuiría a atraer a muchos al conocimiento y cumplimiento de sus deberes religiosos.

Un método práctico de lograr esta finalidad le pareció sería que en cada diócesis un profesor competente de música sagrada, con aprobación del Obispo, permaneciera algún tiempo en cada parroquia formando núcleos de cantores seleccionados entre miembros de la misma, que, a su vez, fueran arrastrando a otros, volviendo a girar visitas de cuando en cuando para perfeccionar lo ya iniciado y fomentar nuevos adelantos. Cuando le eran presentadas composiciones para su aceptación, examinaba cuidadosamente la partitura, y más de una vez le oí entonar la melodía, leyéndola con absoluta facilidad a primera vista, mientras marcaba el compás con la mano y me exponía seguidamente su opinión sobre los méritos y el estilo de la música. Las innumerables personas que le oyeron cantar Misa en San Pedro o entonar la bendición solemne en la Capilla Sixtina recordarán, sin duda, su voz suave y melodiosa.

Una de sus aspiraciones más fervientes era promover, siempre que fuera posible, el canto de los fieles en las iglesias, ya que lo consideraba

altamente instructivo para gentes de toda clase y un poderoso medio de despertar el interés por las bellezas de nuestra sagrada liturgia, especialmente en relación con el santo sacrificio de la Misa. Gustaba de comentar a este respecto los notables resultados obtenidos en parroquias donde los fieles habían aprendido a cantar correctamente las distintas partes de la Misa en canto llano, así como los salmos e himnos en las vísperas de los domingos.

SU CARIDAD

Hacia finales de año, no más tarde, que yo recuerde, de la fiesta de la Epifanía, el Santo Padre gustaba de revisar sus cuentas particulares, que me mostraba en estas ocasiones con evidente placer: *"Presentiamo il hilando al segretario di Stato per il controllo"* (Presentemos el balance al secretario de Estado para su comprobación), solía decir con una sonrisa de satisfacción. Llevaba un libro del tamaño de un cuaderno grueso, donde en una y otra página anotaba día por día toda cantidad recibida, grande o pequeña y toda suma gastada.

Las limosnas para Misas que le llegaban de todas partes del mundo recibían entrada aparte en un cuaderno especial, y llevaba este registro con particular cuidado. "No quiero ir al Purgatorio por descuidar la cuestión de las Misas", era una de sus observaciones habituales a este respecto. Pero todas las partidas restantes eran anotadas en el primer libro ya indicado, y, al terminar el año, restaba escrupulosamente del total de donativos los fondos destinados a atenciones especiales. Nada era capaz de inducirle a diferir la distribución o modificar la consignación de donativos de carácter específico, y censuraba severamente la costumbre, muy extendida entre los administradores, de emplear cantidades recibidas para un fin determinado en hacer frente a otras necesidades urgentes o en prestar una ayuda transitoria a empresas distintas de las indicadas por los donantes, bajo el pretexto de que el importe retirado provisionalmente habría de ser repuesto más tarde sin perjudicar a los interesados.

Recuerdo cómo después del horrible terremoto de Messina y Reggio Calabria, cuando a manos del Santo Padre habían llegado grandes sumas para la reconstrucción de iglesias y escuelas, así como para aliviar a las desgraciadas víctimas de la tremenda catástrofe, no pocas personas piadosas le instaron a que destinara parte de los fondos de Messina para otras obras de celo, más o menos relacionadas con Sicilia o Calabria. El

Papa, invariablemente, denegaba estas peticiones. “Ni un céntimo —decía — de lo que los fieles me han entregado para las víctimas de los terremotos será invertido en otra obra, por digna que sea de interés. Han confiado en mí, y yo soy responsable ante ellos.”

Estos fondos, que alcanzaban la cifra de seis millones de francos, fueron administrados y distribuidos por él mismo en persona. El balance anejo a la cuenta general, publicada en la prensa, de todo lo invertido en Calabria, fue obra suya personal, y dejó atónito al jefe de Contabilidad del Vaticano por la rapidez y exactitud con que revisó listas interminables de cifras, verificando los cálculos necesarios para separar las distintas sumas destinadas a finalidades diversas. Terminado su informe económico, recuerdo que pronunció las siguientes palabras: “Estoy pensando si quizá no será éste el último balance que hagamos abarcando tantos millones generosamente donados por el mundo entero para alivio de las provincias atacadas.” Desgraciadamente no se equivocó.

Pío X no se detuvo jamás a considerar lo invertido en caridades, y daba incesantemente; su impulso era el de otorgar siempre cuanto poseía. Pero para sí mismo obraba de modo totalmente opuesto y exigía la economía más estricta. El día de su elevación al Pontificado o la mañana siguiente, un joyero se había apresurado a brindarle una valiosa cruz pectoral con su cadena, con la esperanza de que fuera adquirida por Su Santidad. El Santo Padre la usó varios días, simplemente por el hecho de que la vio entre sus nuevos ornamentos y vestiduras, que suponía tendría que adoptar en adelante, y en la idea de que la magnífica cruz y cadena pertenecían al tesoro papal. Tres semanas más tarde fue presentada al cobro una factura por valor de más de tres mil francos. “¡Ah, no! —exclamó inmediatamente Pío X, moviendo lentamente la cabeza—. ¿No pensaréis, supongo, que estoy dispuesto a invertir todo ese dinero en una cruz para mí? Aquí la tenéis; dad las gracias a ese hombre y devolvédsela en seguida. Con seguridad que habrá cruces de sobra que pertenecieran al Papa anterior, y, en todo caso, estaré muy satisfecho con la que yo traje de Venecia.” Ai decir esto, se quitó la cruz que llevaba puesta para que fuera devuelva al joyero. Aun para cosas que atañían a su conveniencia personal, e incluso cuando su salud se hallaba interesada, tropezábamos con una gran dificultad para que nos autorizara a hacer algún gasto. Su consejero médico, el doctor Marchiafava, insistía constantemente en la necesidad de que saliera a menudo a respirar aire puro; nunca cesaba de lamentarse de no disponer el palacio de otro acceso a los jardines del Vaticano que a través de las interminables y frías galerías que rodeaban el Belvedere y la

biblioteca, por las que el Santo Padre se vería obligado a pasar, tanto al salir como al entrar, por lo general, en medio del polvo inevitablemente levantado por la multitud de curiosos que se agolpaba para verle. La necesidad de un paso especial a los jardines había sido siempre sentida por su predecesor, León XIII, aunque para éste el inconveniente era menor, ya que acostumbraba utilizar una si la de manos. Pero Pío X se oponía tenazmente a ser transportado en esta forma, entre otras razones, porque el movimiento le producía un poco de mareo. Tras detenida reflexión y laborioso estudio, nuestro arquitecto resolvió al fin el problema, formulando una propuesta para abrir un túnel que pusiera en comunicación el *Cortile del Belvedere con* los jardines. De este modo, el Papa podría dirigirse fácilmente a éstos directamente desde su ascensor privado o desde la gran escalinata del palacio.

Ninguno de mis argumentos, sin embargo, logró persuadir a Su Santidad para que autorizase este gasto, que, a su juicio, redundaría únicamente en su comodidad personal Conseguí, por último, su consentimiento, asegurándole que el túnel sería construido con fondos que yo me comprometía a reunir, solicitándolos de personas amigas, las cuales sabía positivamente que contribuirían con gusto y hasta con orgullo a esta mejora del Vaticano, en especial si les hacía ver el servicio que con ello rendían a Pío X y a sus sucesores. Así se hizo.

EL NUEVO CÓDIGO DE DERECHO CANÓNICO

La reforma de la Curia Romana, la fundación del Instituto Bíblico; la construcción de Seminarios centrales y la promulgación de leyes para la mejor disciplina del clero; la nueva disciplina referente a la primera comunión y a la comunión frecuente; el restablecimiento de la música sacra, la vigorosa resistencia desplegada frente a los fatales errores del llamado modernismo y la valiente defensa de la libertad de la Iglesia en Francia, Alemania, Portugal, Rusia y otros países, sin aludir a otros actos de gobierno, justifican ciertamente que Pío X haya sido destacado como un gran Pontífice y un director humano excepcional. Puedo testificar que todo este enorme trabajo fue debido principal y —muchas veces— exclusivamente a su propia idea e iniciativa. La Historia habrá de proclamarle como algo más que un Papa cuya "bondad" nadie sería capaz de discutir.

Los límites que me he impuesto al trazar estas breves *Memorias* me impiden entrar a fondo en el estudio de las diversas e importantes cuestiones a que más arriba me refiero; pero hay una de ellas cuya importancia creo merece especial atención en este corto relato, y ésta es la compilación del nuevo Código de Derecho Canónico.

Pocos días después de su elección ya declaraba su firme propósito de acometer esta empresa, que tanto deseó ver realizada. No era de extrañar. Era, ante todo, sacerdote y pastor y, por temperamento, amante de las medidas prácticas y eficientes. Hasta entonces había visto más de una vez dificultada su administración por la profusión enmarañada de una legislación confusa, de decretos que admitían diversas interpretaciones y disposiciones que habían quedado anticuadas o no eran adecuadas a las nuevas circunstancias. Una codificación del Derecho Canónico era medida que consideraba importantísima y que contribuiría a mantener con mayor

fuerza los inmutables principios y el vigor de la disciplina eclesiástica, Nova et Vetera.

Acarició la esperanza de ver introducida esta lejana reforma en los días de su vida, y en distintas fases de los trabajos preparatorios le oí exclamar: “Tenemos que adelantarlo, pues me estoy haciendo viejo, y quisiera ver el final.” La Providencia había dispuesto las cosas de otro modo, y, al cabo de once años de labor ininterrumpida, que vigiló y dirigió en todos sus detalles, dejó una completísima tarea que habría de ser coronada por su sucesor en la Cátedra de Pedro.

Benedicto XV le rindió un merecido y elocuente homenaje al promulgar el nuevo Código. En la solemne alocución al Sacro Colegio de Cardenales, en el Consistorio celebrado el día 4 de diciembre de 1916, después de exponer las razones que habían impuesto esta revisión del Derecho Canónico y las numerosas ventajas que se derivarían de la publicación del nuevo Código, el Papa continuó diciendo: “La Divina Providencia había ordenado que la gloria de ofrecer este inmenso servicio a la Iglesia recayera sobre Pío X, nuestro predecesor de santa memoria. Todos sabéis, venerables hermanos, con qué interés acometió esta empresa verdaderamente gigantesca en los mismos comienzos de su pontificado y con qué celo y perseverancia la prosiguió todo el tiempo que mantuvo en sus manos el gobierno de la Iglesia. “Y aunque no le fue concedida la posibilidad de completar su tarea, a él solo debemos considerar como verdadero autor del Código. Por ello su nombre pasará a la posteridad, al lado de aquellos Pontífices de mayor fama en los anales del Derecho Canónico: Inocencio III, Honorio III y Gregorio IX. Para Nos es suficiente el haber podido promulgar lo que él llevó a cabo.”

Como ejemplo de la minuciosidad con que Pío X inició los trabajos del nuevo Código de Derecho Canónico, dirigiendo las investigaciones preliminares, no puedo hacer cosa mejor que transcribir aquí una nota autógrafa suya que tengo ante mi vista y que me fue entregada por él mismo en fecha del 2 de marzo de 1 904. El Santo Padre había escrito lo siguiente:

“Será conveniente decidir en la primera reunión sobre los puntos siguientes:

1°. Además de Monseñor Gasparri (y por elección suya) es preciso nombrar dos vicesecretarios que puedan ayudarle en la confección de las actas de las sesiones, sustituyéndole cuando él no pueda asistir a éstas.

2°. Nombrar los consultores de Roma.

3°. Seleccionar uno o dos Cardenales para presidir las Congregaciones de los consultores.

4°. Solicitar de los Obispos que:

a) Deleguen en un consejero de entre los canonistas de sus respectivos distritos, el cual deberá venir a Roma o exponer por escrito sus opiniones.

b) Manifiesten los puntos de Derecho en los que crean conveniente introducir modificaciones y declaren sus propias opiniones.

5°. Fijar el número de reuniones mensuales de las Congregaciones de Cardenales y de los consultores.

6°. Acordar si los consultores habrán de estudiar conjuntamente los títulos del Código o si será preferible distribuir entre ellos las diversas ponencias por estudiar.

7°. Encarecer el rápido comienzo de los trabajos, sin aplazarlos para tiempo más oportuno, ya que *dum Romae consulitur Saguntum expugnatur,* y no sería adecuado que, estando en Roma, nos rigiéramos por las Calendas griegas."

Naturalmente que en el curso de los trabajos ocurría con frecuencia que las opiniones eran dispares y resultaba difícil decidir la conveniencia de introducir o no una determinada reforma sobre algún punto legislativo dado. Se contrastaban argumentos de peso en pro y en contra de las proposiciones. Los puntos de vista y *desiderata* de los Obispos de las distintas partes del mundo no guardaban siempre la deseada armonía, y los consultores romanos exponían sus razonamientos con fuerza bastante para que las opiniones de ambos bandos merecieran una seria consideración.

Pío X, que con tanta frecuencia revelaba aquel su instinto práctico tan sobresaliente, promulgó en aquella ocasión un Decreto por vía de ensayo, orientado hacia aquellas normas que parecían apoyar mejor los argumentos de más peso, los cuales, más adelante podrían ser o no incorporados a la legislación definitiva, ofreciendo así a los ponentes la posibilidad de corregir, e incluso de retirar, algunas propuestas de carácter especial cuando llegara el momento de redactar el texto definitivo del nuevo Código.

Incapaces de comprender la sabiduría de este procedimiento, algunos comentadores superficiales se han inclinado a creer, sin base de juicio suficiente, que bien Pío X o su sucesor, Benedicto XV, se habían retractado en decisiones importantes. Empero, como queda dicho, no fue así. Por otra

parte, es evidente que quizá subsistan algunos artículos del Código que Pío X, personalmente, hubiese querido redactar de otro modo, pero rara vez imponía su propio criterio en cuestiones que constituían materia opinable y que no implicaban el sacrificio de ningún principio esencial.

SU HUMILDAD

Ubi humilitas ibi maiestas (Donde hay humildad, allí reina la majestad.) (SAN AGUSTÍN, Sermón 14) La verdad de este axioma de San Agustín, creo que en pocas personas se ha dado de modo tan perfecto como en Pío X Verdadera, profunda, natural, tales eran las cualidades principales que caracterizaban la humildad del Santo Padre. Me llamaba especialmente la atención que esta cualidad se había convertido en una faceta tan característica de su temperamento, que venía a ser en él como una segunda naturaleza.

No había en su humildad nada de esta actitud superficial, tímida y falsa que sólo es indicio de debilidad y que, algunas veces, puede ser simplemente una forma de autosugestión, de un oculto anhelo de estimación o de un miedo sutil a afrontar la crítica. Amaba demasiado a verdad y era harto sincero en todas sus cosas para afectar una apariencia exterior de virtud que no sentía.

Ningún esfuerzo le costaba el ser humilde, porque tenía una baja idea de sí mismo. La arraigada convicción de que todos nuestros dones vienen de Dios, le hacía mucho más fácil admirar las dotes que descubría en otras personas que reconocer las que él mismo poseía.

La adulación y la lisonja, tanto en público como en privado, le repugnaban sobremanera, y si alguna persona osaba dirigírsele en esta forma, procuraba, con una respuesta seca o con una réplica humorística, disimular su descontento.

Pero confieso que no me explico cómo nadie se atrevía a adularle, ya que incluso el proferir una palabra de sincera y espontánea admiración, parecía fuera de lugar en su presencia y se apagaba en los labios antes de ser pronunciada; tal era el respeto que inspiraba la sinceridad y dignidad de

su carácter. “Como en la hornaza se prueba la plata y en el crisol el oro, así se prueba el hombre por la boca del que le alaba.” (Prov. XXVII, 21.)

Me daba la impresión de que en su vida privada le era necesario un propósito decidido de su parte, e incluso un verdadero esfuerzo, para convencerse de que él era el Supremo Pontífice, investido de todas las prerrogativas de tan elevado puesto. Habitualmente, parecía considerarse a sí mismo como el humilde sacerdote de hacía algunos años o como uno de los muchos Obispos, sin aspiración a distinguirse de modo especial. Y, sin embargo, en el ejercicio de su soberanía y autoridad nadie hubiera podido superarle en la dignidad de su continente ni en la fuerza de su mandato.

Si fuera posible encontrar un símil, diría que le parecía tan natural prescindir en ocasiones de su eminente dignidad, asumirla de nuevo cuando era preciso, como despojarse y volverse a cubrir con la tiara o los ornamentos que tenía que emplear en las ceremonias solemnes, que con tanta majestad presidía en la Capilla Sixtina o en San Pedro.

Como ejemplo de lo que trato de demostrar, recuerdo un incidente que llamó particularmente mi atención en dos ocasiones diferentes.

Me encontraba presentando al Santo Padre una petición urgente de un Obispo, en solicitud de que le fuera concedida una facultad especial en circunstancias que hacían imprescindible la intervención directa de Su Santidad. Después de escuchar atentamente mis manifestaciones, leyó el documento por sí mismo, lentamente, y, sin alzar los ojos, me dijo: “Esta es una facultad que sólo el Papa puede otorgar.” “Sí, Santo Padre —repliqué—, y por ello me he permitido molestaros con ello.” Tras de lo cual, con grave actitud, casi sin respiración, como hablando consigo mismo, añadió: “Sí, sí, no hay más remedio; actuemos como Papa” (da, giá, facciamo da Papa). Y tomando su pluma escribió la dispensa en forma adecuada, me la entregó y pasó a hablarme de otros asuntos.

Idénticos pensamientos revelaba a veces en una palabra que afluía a sus labios en presencia de muestras profundas de respeto que no podía evitar. Muy recientemente, el Obispo de Angers me ha descrito la indeleble impresión que le causara su primera audiencia con su Santidad. “Yo estaba arrodillado —escribe Monseñor Rumeau— a los pies de Pío X; pero era evidente que mi actitud perturbaba al Santo Padre, y haciéndome señas de que me levantara, me dijo: “No, de rodillas, no, Monseñor; yo soy el último de los sacerdotes de Cristo” (lo sonó l’ultimo dei sacerdoti di Dio). Y al urgirle, solicitando su opinión en una cuestión grave, observaba que,

antes de contestarme, dirigía invariablemente su mirada al Crucifijo que tenía sobre la mesa, como buscando allí consejo.”

Ubi humilitas, ibi maiestas. Sencillas como eran sus costumbres, paternal y familiar como parecía en privado, la dignidad de su porte, la tranquila y modesta nobleza de toda su persona, nunca dejaba de impresionar a aquellos que acudían a sus recepciones oficiales o que tenían el privilegio de verle oficiar en las grandes solemnidades. ¡Con cuántas personas he tropezado que se jactaban de su alto linaje y elevada alcurnia y que hubieran podido aprender de Pío X la distinción de que carecían!

Tampoco sus sentimientos desdecían de este aspecto exterior. Su delicadeza era patente en cada instante; ¡es tan verdadero, que el refinamiento es con frecuencia el resultado de la virtud más que el producto meramente accidental de una noble descendencia!

Ya he mencionado su exquisita cortesía para todos; puedo añadir que una de las cosas que más le repugnaban y que provocaba su indignación era que sus servidores fueran reprendidos por actos no cometidos o censurados por faltas de que no eran responsables personalmente. A este respecto, bastará con mencionar mi propia experiencia.

Es lógico e inevitable que el Cardenal Secretario de Estado tenga que afrontar críticas procedentes de todos los sectores, tanto en el orden oficial como en el privado. Tiene que estar preparado para que le achaquen faltas sólo debidas a ajenos errores y a soportar indefectiblemente la responsabilidad de actos que no son siempre suyos o que no estaba en su mano evitar. Esto sucede diariamente.

Pero la repetición de este hecho contrariaba profundamente a Pío X y daba lugar en muchas ocasiones a su indignada protesta. “No puedo tolerar esa injusticia —solía exclamar—. ¿Por qué no la emprenden conmigo? Si alguien tiene la culpa, ése soy yo. ¿Por qué han de censuraros siempre a vos por todo?”

Y lo que así sentía con relación a mí, lo era igualmente con sus restantes servidores, sin excluir a aquellos de condición más modesta. Nunca escatimó su protección a aquellos que le servían.

Con bastante frecuencia encontraba enorme dificultad para persuadirle de nuestro deseo de afrontar las protestas de que el Santo Padre era objeto, como era nuestro deber, situándonos entre él y sus detractores, aun en casos en que no éramos directamente responsables. Pero esto iba en contra de su temperamento y le contrariaba, pues le parecía indigno y poco leal. Además, cuando desaprobaba los actos de sus subordinados, aun

sufriendo las consecuencias de sus equivocaciones, trataba de excusarles o de disculpar sus errores.

No creo que muchas personas tuvieran ocasión de comprobar la admirable inteligencia del Santo Padre o de apreciar sus numerosos éxitos, ya que siempre procuraba ocultarlos cuidadosamente, si le era posible. Interrumpía, sin embargo, esta norma cuando se hallaba solo o entre personas de su intimidad.

Le encantaba ser testigo del éxito o fama obtenidos por otras personas, especialmente si a ello había él contribuido con sus sugerencias o intervención personal.

Alguna vez, cuando en presencia suya se ensalzaban estos méritos sin mencionar su nombre, aparecía en su rostro una expresión jovial, y me decía después, sonriendo satisfecho: "Creo que yo también tuve algo que ver en eso."

En cartas a mí dirigidas, y en las enviadas a otras personas interesando su opinión sobre algún plan en proyecto o sobre el texto de algún documento preparado por él, terminaba siempre con la indicación expresa de que habíamos de modificar, suprimir o añadir lo que creyéramos conveniente. En los casos en que su idea no encontraba la aprobación, solicitaba de buen grado, y de todos los sectores, que le manifestaran sus observaciones críticas, sin la menor señal de molestia. Si lograban convencerle, le oían decir invariablemente estas palabras. "Bien; mi trabajo ha quedado en nada. No hay duda de que existen mejores cabezas que la mía. Mejor dicho, que saben más."

Aun cuando muchas veces ocurría que su primitiva opinión volvía de nuevo a aparecer como la única razonable y era adoptada definitivamente, evitaba hacer alusión alguna al error y trataba de escudar a los responsables de éste contra toda censura o crítica.

Nada era capaz de inducir a Pío X a exaltar a su propia familia, ni jamás soñó en elevar el nivel social de los suyos, dado el alto puesto que él mismo había alcanzado. "Cuando yo muera —decía— mis hermanas volverán a su aguja; sólo se beneficiarán con mi seguro de vida." Debo hacer notar que jamás ninguno de sus numerosos parientes demostró la menor contrariedad en relación con esta actitud. Todos ellos, empezando por su hermano, lo consideraban como la cosa más natural.

Todos conocíamos el cálido afecto que profesaba a su sobrino, Monseñor Giovanni Battista Parolin, sacerdote, cuyas elevadas cualidades habían ganado la estima de cuantos le rodeaban Muchas personas

esperaban, lógicamente, que el Santo Padre le diera un puesto en el Vaticano para disfrutar de este modo de su colaboración y compañía. No hay duda de que una decisión de esta clase hubiera proporcionado verdadera satisfacción a Su Santidad, y que la presencia de Monseñor Parolin en su vida íntima le hubiera procurado un descanso de la tediosa formalidad de sus deberes oficiales.

Pero nuestros repetidos esfuerzos para persuadirle a proporcionarse este placer tan legítimo, en el que no había motivo posible de la menor crítica, estaban condenados al fracaso. Su respuesta era siempre la misma: "Sí, don Battista es un buen sacerdote, pero es joven y debe trabajar en su ministerio. Tiene una parroquia, y allí está mejor que en un palacio."

En 1913, Monseñor Parolin, después de diez años de incesante trabajo en la parroquia de Possagno, allá en la montaña, fue propuesto por su Obispo, Monseñor Longhin, para una canonjía, y le encargó de la parroquia de la catedral de Treviso. En ella encontró la casa rectoral en estado deplorable y necesitada de urgente reparación Pío X acudió en su socorro y restauró el templo, invirtiendo en ello veinticinco mil liras. Al entregar la suma a su sobrino, le dijo con su tono característico: "Aquí tenéis mi regalo por vuestro nombramiento; nada más tenéis que esperar de mí"

Fue su sucesor, Benedicto XV, quien, por indicación mía, y el mismo día de su elección, nombró a Monseñor Parolin canónigo de San Pedro.

Monseñor Parolin sólo acudía a Roma dos o tres veces al año, y permanecía unos diez días. En una ocasión, mientras conversaba con Su Santidad durante las horas de más calor de una tarde de pleno verano, el Santo Padre fue acometido de fuerte sed, y con gusto hubiera bebido un vaso de agua. Monseñor Parolin, como es lógico, se levantó inmediatamente para llamar a un servidor, pero el Santo Padre se lo impidió, ya que, según dijo, había salido su ayuda de cámara privado y quizá se sintiera herido en su amor propio si a su regreso creía haber descuidado su deber, comprobando que otro había tenido que asumir su puesto. Se pasó sin el vaso de agua hasta la hora de la cena.

El mismo espíritu de desprendimiento, e insistiendo siempre en el principio de separar claramente su propia persona, que tenía en tan poco, y los privilegios de su elevado puesto, que no podía ignorar, le indujo a no consentir jamás a sus hermanas residir en el Vaticano, a pesar de que vivían en éste tantas personas menos acreedoras a este privilegio. Les proporcionó un piso pequeño en la vecina plaza y recibía su visita una o

dos veces por semana, generalmente los miércoles y domingos. Aunque no hacía alusión al asunto, estoy seguro de que esta norma de conducta que se impuso le costaba un gran sacrificio, pues sus hermanas, que le querían mucho, eran verdaderamente dignas del afecto que él, a su vez, les profesaba.

Cuando Rosa, la mayor, con la que se hallaba especialmente unido, cayó enferma y murió, sintió en lo más hondo de su corazón la imposibilidad de acudir a asistirla.

Esta actitud hacia sí mismo y a cuanto directamente le concernía, se hizo también patente en su testamento, en el que tan sólo expresó el deseo de que se otorgara una pensión de cien liras mensuales a tres de sus hermanas que vivían en Roma. Esto es más digno de notar cuanto que contrasta grandemente con la generosa esplendidez que demostraba, siempre que tenía oportunidad de ayudar a los necesitados.

Las cláusulas concretas del testamento y últimas voluntades de Pío X, en relación con su familia, son las siguientes:

"Nacido pobre, habiendo vivido pobre y cierto de morir muy pobre, siento no poder corresponder como se merecen a las muchas personas que me han favorecido de modo especial, particularmente en Mantua, Venecia y Roma, y por ello, no pudiendo demostrarles mi gratitud de otro modo, pido al Señor les recompense con sus mejores bendiciones.

"Debiendo velar por mis hermanas, Rosa, María y Ana, que han vivido siempre conmigo y me han servido sin recibir, en cambio, la más pequeña recompensa, las recomiendo a la generosidad de la Santa Sede para que les sea otorgada una pensión mensual de trescientas liras, mientras viva una de ellas.

"Siendo el resto de mis parientes cercanos todos pobres, encarezco a la Santa Sede conceda, mientras vivan, mil liras anuales a mi hermano Angelo Sarto y a mis otras hermanas: Teresa, Antonia y Lucía... La prima de diez mil liras que habrá de pagar la Compañía de Seguros de Vida deberá ser distribuida por partes iguales entre mi hermano y mis hermanas." (12 de junio de 1911).

ULTIMA ENFERMEDAD Y MUERTE

¡Cuán repentinamente llegó el fin! Después del ataque de influenza que sufrió el Santo Padre en 1913, debido, sin duda, a lo menos en parte, al exceso de trabajo realizado, Pío X recobró notablemente sus fuerzas. A decir verdad, nunca estuvo tan enfermo como la gente creía, a juzgar por los informes exagerados de la Prensa, y durante toda su enfermedad y convalecencia se mantuvo tan jovial y lleno de vida, que era difícil conseguir que permaneciera ocioso.

"Si no fuera por estos dignos doctores y me guiara exclusivamente de mi propio criterio, hace ya tiempo que me habría levantado", repetía constantemente durante los días que permaneció en cama. Algunas veces le vi incorporarse bruscamente de la almohada para firmar un documento que yo le presentaba, y me decía sonriendo, mientras su mano escribía firme: "Eminencia, ya veis cómo mis manos obedecen todavía", y rubricaba la firma con su habitual energía.

Al reanudar su vida normal parecía encontrarse mejor de lo que le había visto en muchos años. Aumentó su actividad. Parecía haber adquirido nuevas fuerzas y haberse desprendido, en cierto modo, de la pesada carga de los años. El obligado reposo a que se había sometido, había sido evidentemente una verdadera bendición para su salud, y todos teníamos motivos suficientes para esperar que así podría continuar varios años.

Y, efectivamente, así continuó, pero solamente hasta agosto de 1914, o sea, hasta el comienzo de la Gran Guerra. Es difícil explicar lo hondamente que le afectó la temible tragedia. Como ya he indicado, había previsto y predicho explícitamente el conflicto europeo desde hacía mucho tiempo. La pena y el dolor que le invadieron al estallar la conflagración fueron muy intensos. Día y noche el horrible espectáculo de la cruenta

lucha atormentaba su imaginación, a lo que se unía una visión clarísima de los sufrimientos y angustias que se derivarían inevitablemente de la catástrofe.

La invasión de Bélgica y las noticias de las primeras batallas le llenaron de amarga pena. Esperaba febrilmente la comprobación documental de los hechos para trazar su línea de conducta definitiva y elevar sin miedo su voz en defensa de los sagrados principios de la justicia y de la paz. Pero la voz del Maestro se hizo oír antes que tuviera tiempo más que para dictar una exhortación preliminar que lleva fecha del 2 de agosto.

Después de la fiesta de la Asunción, el 15 de agosto, el Santo Padre dio muestras de una ligera indisposición catarral; pero ni él ni ninguno de los que le rodeaban dio importancia ninguna a síntoma tan leve, cuya causa se achacaba de modo principal al excesivo calor de aquel verano. Tampoco yo me sentí muy bien, y aquella mañana del 18 de agosto no pude acudir, como de costumbre, a despachar con el Santo Padre. Delegué mi misión en Monseñor Canali, sustituto de la Secretaría, con el fin de que sometiera a Su Santidad uno o dos asuntos de carácter urgente que tenía entre manos. A su regreso, me informó que el Papa no ofrecía señales de estar enfermo y que le había encargado personalmente me dijera no había novedad alguna de importancia. "Decid al Cardenal —fueron sus palabras — que se reponga pronto, pues cuando él está enfermo, yo también me siento mal." Sus médicos, continuamente alertas y dispuestos a no consentir la menor imprudencia, no dieron importancia a su indisposición, y después de recetarle un remedio corriente, expresaron su convicción de que en un día se hallaría completamente restablecido. Sus hermanas, siempre inquietas cuando presentían la más leve enfermedad, tampoco se preocuparon en absoluto de su estado. Contra su costumbre, se dirigieron a mí para informarme que no había motivo de alarma y que encontraría perfectamente al Santo Padre a la mañana siguiente.

Nadie ha podido explicarse todavía el brusco cambio que se produjo la noche siguiente. Monseñor Bressan, el fiel capellán del Papa, que dormía en una habitación contigua, desde donde podía oír perfectamente al Santo Padre, sólo notó que se hallaba un poco intranquilo. Sin embargo, como observara que no se levantaba a su hora habitual, Monseñor Bressan acudió a su lado, encontrándole febril y molesto. Inmediatamente fueron llamados los médicos. El examen de éstos comprobó que los pulmones del Santo Padre se hallaban congestionados, y advirtieron que estaba seriamente enfermo. Hacia las ocho vinieron a transmitirme estos

informes. La noticia me dejó anonadado, pues comprendí en seguida la gravedad del caso y el peligro de un fallo en el corazón. Dije al doctor Marchiafava que, a mi juicio, era inevitable el fin. El Santo Padre había sufrido, en mi opinión, demasiadas impresiones con motivo de los acontecimientos mundiales, y no podría resistir por mucho tiempo una enfermedad grave. Aunque inclinados a juzgarme demasiado pesimista, los médicos diagnosticaron el caso como francamente serio, aunque no desesperado, reservándose todavía el veredicto final.

El rumor de que Pío X se hallaba enfermo de peligro cundió rápidamente por la ciudad, y al Vaticano comenzaron a afluir personas de todas las clases sociales en demanda de noticias. Muchas de ellas, que muy pocos días antes le habían visto en perfecta salud, no podían creer que estuviera en trance de muerte.

A las diez se produjo una grave crisis. Corrí a la cabecera del Santo Padre y le encontré pugnando por respirar. Los médicos habían sido nuevamente convocados y le aplicaban los remedios habituales al caso, ayudados por un Hermano de San Juan de Dios. Al verme me estrechó fuertemente la mano. "¡Eminencia..., Eminencia!", fue todo cuanto dijo. El peligro inminente de un colapso fatal hacía imperiosa la necesidad de administrarle los Santos Sacramentos sin tardanza. Las últimas palabras que a continuación oí de sus labios, fueron: "Me resigno totalmente." Poco después había perdido la facultad de hablar, aunque permaneció consciente y dirigía su inteligente mirada de unos a otros, manifestando, sin lugar a dudas, que se daba perfecta cuenta de su estado.

Monseñor Sacristán le administró con las menores formalidades posibles el Santo Viático y la Extremaunción. Una mesita colocada al lado de su cama, cubierta con un paño blanco, un Crucifijo y dos velas encendidas, constituían el único aparato de la ceremonia. No podía por menos de pensar en que, después de todo, Pío X estaba recibiendo los últimos auxilios de la Iglesia del modo por él preferido, y que debía hallarse satisfecho de haber podido evitar la publicidad y solemnidad que por lo común son inseparables del lecho de muerte de un Pontífice. Era la misma escena que pudiéramos haber presenciado en la humilde casita de un labriego moribundo, sin pompa ni esplendor de ninguna clase.

Allí estaban sus fieles hermanas llorando en silencio. Éramos muy pocos; ¡todo había ocurrido con tal rapidez! Aquel instante ha sido descrito

muy acertadamente con las siguientes palabras: "No se daba uno cuenta del tiempo transcurrido, y todo resultaba irreal."

"Repentinamente comenzaron a sonar las graves notas de la gran campana de San Pedro, tocando pro Pontífice agonizante, y a esta señal se expuso el Santísimo Sacramento en todas las Basílicas patriarcales de Roma, dando principio las rogativas especiales. El cálido sirocco, el murmullo alejado de la plaza de San Pedro, los Prelados y servidores hablando en voz baja, el sonido de la campana: ¡qué extraño me parecía todo! Y tras aquello, ¡la catastrófica situación internacional y la guerra!"

No existen motivos para afirmar, como lo hicieron algunos, que durante las anteriores semanas la salud del Santo Padre hubiera dado motivo de preocupación. En apoyo de cuanto vengo diciendo a este respecto, podría añadir que la mayoría de los Cardenales se hallaban ausentes de Roma disfrutando sus acostumbradas vacaciones veraniegas. En realidad, a no haber sido por el comienzo de la guerra, yo mismo me hubiera trasladado a Monte Mario, a corta distancia de Vaticano, como el Papa amablemente me urgía todos los años una vez celebrado el aniversario de su coronación, el 9 de agosto.

Sin pérdida de tiempo fueron avisados los pocos Cardenales que se encontraban en Roma. Al conocer el grave estado de Su Santidad, todos acudieron rápidamente al Palacio con la mayor ansiedad. El primero en llegar fue el Cardenal Bisleti. Por la Secretaría de Estado se cursaron telegramas a los miembros del Sacro Colegio. El Cardenal Della Volpe, Camarlengo de Su Santidad, llegó a Roma a la mañana siguiente.

Los enérgicos remedios aplicados por los médicos dieron su resultado y lograron reaccionar considerablemente al Santo Padre. Todo el día permaneció medio incorporado entre almohadas, con perfecta calma y paz. Ninguna otra crisis se presentó a turbar la serenidad del augusto enfermo ni tampoco dio éste muestra alguna de agitación o desasosiego. Aunque incapaz de hablar, reconocía a todos los presentes y, de vez en cuando, hacía lentamente la señal de la Cruz. El asfixiante día de verano se nos hizo interminable en aquella habitación contigua a la de Su Santidad, desde la que veíamos su cama y adonde nos habíamos retirado para dejarle libre la mayor cantidad de aire posible. Allí esperábamos, en el transcurso lento de las horas, su tránsito a la eternidad.

Hacia las once de la noche entré en su cuarto, tratando de no hacer ruido, por el lado opuesto al en que su cama se hallaba orientada. Pero me sintió y volvió inmediatamente la cabeza, siguiéndome con su mirada

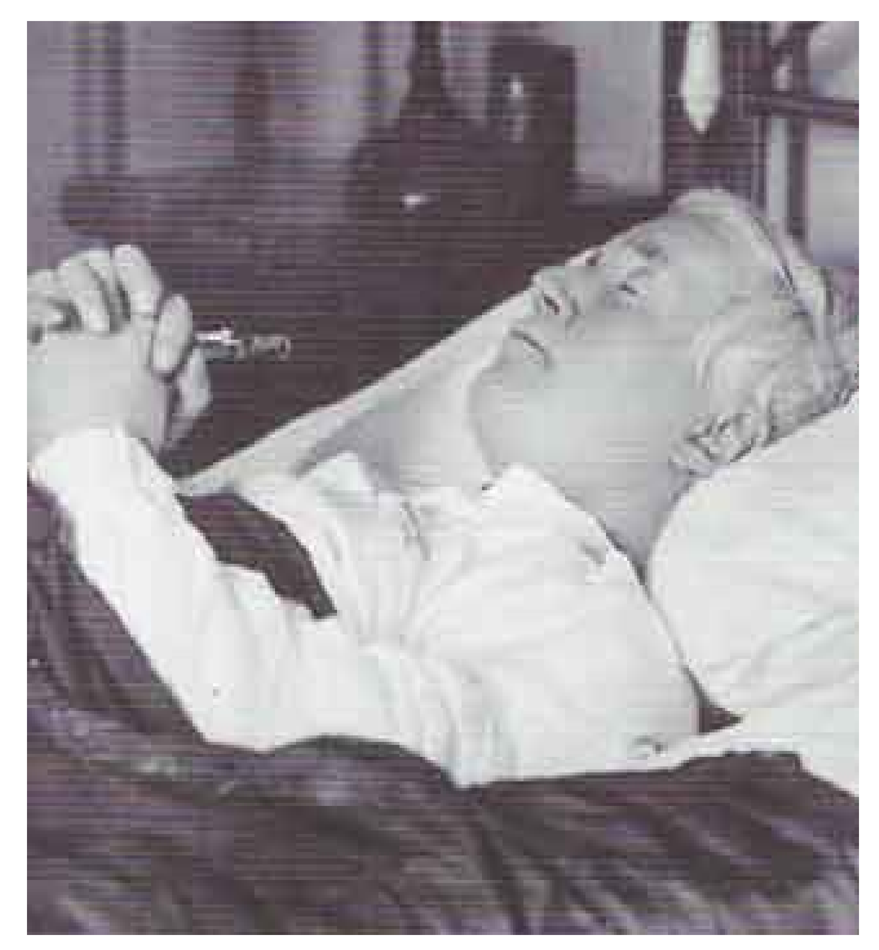
penetrante, mientras yo me acercaba al pie del lecho. Levantó un brazo para saludarme y, al sentarme a su lado, me cogió una mano, reteniéndola con una fuerza que me sorprendió. Me miró fijamente a los ojos. ¡Cómo hubiera deseado en aquel momento poder leer sus pensamientos y oír su voz mientras uno y otro nos mirábamos fijamente! ¿Qué querría decir con aquellos ojos que parecían hablarme? ¿Recordaba, quizá, los largos años que habíamos convivido familiarmente, luchando juntos? ¿Trataba de consolarme por vez postrera de la profunda pena que en vano trataba de ocultarle?

Permaneció así, cogido a mí, sin moverse, cerca de cuarenta minutos. De cuando en cuando aflojaba su presión para acariciarme, y de nuevo asía mi mano fuertemente.

Por último, al cabo de unos instantes, dejó caer hacia atrás pesadamente la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos. No parecía sino que había querido decirme adiós. Nunca olvidaré la escena de nuestra separación. La conservo tan viva en la memoria como si aún me encontrara en aquella inolvidable noche, sorprendiéndome a mí mismo al repetir las palabras de San Lorenzo, que pocos días antes habíamos leído ambos en el Breviario: "Quoprogrederis sine filio, pater? Quo sacerdos sánete sine ministro properas?" (¿Adónde vas, oh padre, sin tu hijo? ¿Adónde te marchas, santo sacerdote, sin tu ministro?)

Momentos después, el doctor Marchiafava, que estaba en la habitación contigua escribiendo el último parte oficial de la salud del Papa, me hizo señas de acercarme a él, y, con gran sorpresa de mi parte, me pidió le ayudara a redactar el texto. Al interrogarle en qué forma le podría yo ser útil en una cuestión que no era de la esfera de mi competencia, el doctor me replicó que había interpretado mal su ruego; no quería mi ayuda para redactar el informe científico; deseaba, únicamente, le sugiriera una palabra que pudiese dar a todos idea de la extraordinaria serenidad del Santo Padre frente a la muerte. "Miradle —me dijo—, ¿no está realmente admirable?"

Mediada la noche, me instaron reiteradamente a que me fuera un rato a descansar, asegurándome que Su Santidad todavía viviría unas horas. No había transcurrido una, cuando recibí el aviso de regresar sin demora a su lado, pero antes que pudiera llegar a su cabecera, Pío X se había extinguido suavemente y su alma hermosa se hallaba con Dios.



“¡Muy bien, siervo bueno y fiel!” S. Mat. XXV, 21

SU FAMILIA

Antes de dar por terminadas estas Memorias, quisiera hacer mención de algunos hechos concernientes a la familia de Pío X que más particularmente han llegado a mi conocimiento personal Ellos ¡lustran las tradiciones domésticas de su hogar y muestran el ambiente que tanto contribuyó a la formación de su carácter individual, y que él elevó aún más con la santidad de sus virtudes.

Ya me he referido a su propio renunciamiento, que le inducía a no buscar ventajas temporales para los suyos, como hubiera podido hacer tan fácilmente desde los diferentes puestos de su brillante carrera.

En este sentido, dio al mundo entero y, especialmente, al clero, un ejemplo casi inédito de desinterés y sencillez de espíritu, demostrando que únicamente perseguía fines espirituales.

Cuando en el otoño de 1917 sobrevino la desastrosa invasión de las provincias venecianas y el enemigo se adentró en el país, entre el Isonzo y el Piave, hubo necesidad de evacuar a toda prisa ciudades y pueblos próximos a la línea de combate, bien para evitar que cayeran sus habitantes en manos del enemigo, bien para facilitar la urgente tarea de una inmediata defensa. La gente huía a millares, y entre los desgraciados refugiados de Gemona, Cavaso, Venecia, Salzano, Riese y otras localidades se encontraban varios sobrinos de Pío X.

Ninguno de ellos había vivido nunca con desahogo. Ganaban en distintas profesiones un modesto sustento que les bastaba para no pasar grandes privaciones. Uno de ellos era escultor, dos o tres desempeñaban puestos de maestros de escuela; algunos mantenían un pequeño negocio o industria, y otros habían obtenido modestos empleos en la Administración local.

Al estallar la tormenta, veintitrés de ellos, entre hombres, mujeres y niños, se vieron obligados a huir en pocas horas, abandonando sus tranquilos hogares y cuantos bienes les pertenecían, sin más equipaje que un pequeño hatillo. Algunos hubieron de salir a pie, teniendo que andar varias millas para poder llegar al ferrocarril más próximo que les trasladara a un lugar de refugio transitorio. Giuseppina Parolin Salvadori, sobrina del Papa, escapó con dificultad de Gemona en llamas; huyó, en medio de indecibles sufrimientos, a través del Tagliamento, sola, sin protección algún y separada de su marido.

Después de un viaje interminable, cuyas penalidades no necesito describir, todos llegaron a Roma una noche, dirigiéndose al pequeño piso de la plaza Rusticucci, donde vivían las hermanas mayores del Papa. No se les negó hospitalidad, como era natural, aunque allí no había medios disponibles de poder proporcionar alojamiento adecuado a veintitrés huéspedes inesperados: ni habitaciones, ni camas, ni los elementos más indispensables a la vida cotidiana. Amontonados todos durante aquella primera noche y el día siguiente, eran, en verdad, dignos de lástima. ¡Y eran los familiares del Santo Padre!

Me dirigí a verlos tan pronto como me fue posible, con la esperanza de poderles prestar alguna ayuda. La escena que presencié permanecerá siempre grabada en mi memoria. Les encontré reunidos en una sola habitación, sentados o de pie, colocados en semicírculo, pues no había suficientes sillas para todos. Había niños de distintas edades, dos o tres en brazos de sus madres, otros sentados en las rodillas del padre y el resto mirando extrañados a uno y otro lado con ojos ansiosos. Todos tenían el aspecto resignado y sereno. Ni una lamentación; ninguno profirió la menor queja, pero la expresión de sus rostros revelaba bien a las claras las penalidades sufridas. Su actitud, llena de dignidad y admirable sencillez, era la misma que trascendía siempre en Pío X.

Después de intercambiar unas breves frases de saludo, a mis expresiones de cálida simpatía sólo replicaron que "había tanta gente sufriendo igual o más que ellos". Traté de averiguar lo que precisaban con más urgencia, y todos me contestaron unánimemente: "Quisiéramos encontrar trabajo para no constituir una carga para nadie; si Vuestra Eminencia puede ayudarnos en este sentido, se lo agradeceremos profundamente."

Pero lo que más me impresionó de todo fue que, ni entonces ni nunca, hicieran ninguno de ellos la menor alusión directa o indirecta a su

estrecho parentesco con el anterior Pontífice; no parecían darse cuenta de que esta circunstancia era título suficiente para que se les dispensara una atención especial o para esperar una ayuda de la generosidad de la Santa Sede. Este aspecto de la cuestión no parecía ni habérseles pasado por la imaginación. Benedicto XV, a quien hablé de este ejemplo raro y edificante, compartió plenamente mi admiración, y contribuyó muy gustoso a aliviar los sufrimientos de corazones tan nobles.

No tuve gran dificultad para encontrarles ocupación en trabajos provisionales, ya que toda gestión en favor suyo hallaba cordial acogida.

Los Padres Jesuítas del Collegio Massimo aceptaron encantados los servicios de uno de ellos como profesor; otros dos se colocaron en seguida como empleados en empresas privadas, y las Hermanas de la Doctrine Chrétienne recibieron a la signora I. Parolin como profesora encargada de la clase de niñas en la Escuela de Monteverde.

La Embajada española ofreció amablemente asilo a buen número de refugiados en la hospedería aneja a la iglesia nacional de la vía Monserrato, y los Padres Agustinos de Santa Mónica dieron generosa hospitalidad a otro grupo.

Las Franciscanas Misioneras de María, encargadas del Instituto fundado por Pío X en la vía Portuense para los pobres huérfanos de Messina y Reggio Calabria, consideraron como un verdadero privilegio el poder alojar a tres sobrinas de su amado fundador. Con seguridad que Pío X no pensó nunca que la casa que él había dotado con tal munificiencia para las víctimas del gran terremoto habría un día de abrir sus puertas para acoger a sus propios parientes, víctimas de la Gran Guerra.

Por último, quiero hacer mención del caso de Bepi Vigna, un muchacho de catorce años, cuyo padre trabajaba en el arsenal de Venecia, donde él mismo prestaba sus servicios como aprendiz. Conseguimos ingresarle en una fábrica, a corta distancia de San Pedro. Todas las mañanas pasaba bajo mis ventanas en dirección a su trabajo, vestido con una simple blusa, para ganar ¡dos liras diarias! Ciertamente que no era una ocupación muy lucrativa ni un puesto muy distinguido para una persona que sólo tres años antes hubiera sido recibido en el Vaticano con la mayor consideración, como familiar del Pontífice reinante. Pero ni él ni los suyos paraban mientes en esto, y los jefes de la fábrica, al testificar, un mes más tarde, su buena conducta, expresaban su admiración por no haberle oído jamás hacer alusión ni entre sus compañeros ni a otras personas de la fábrica de su parentesco de sobrino-nieto de Pío X.

Inmediatamente después de la firma del armisticio, todos estos refugiados ejemplares se apresuraron a regresar a su hogar; pero, desgraciadamente, en circunstancias harto difíciles y bien distintas de las que habían conocido antes de la guerra.